

TITULO: BIOGRAFIA DE MIS PERROS

SOLO PARA LOS AMANTES DE LOS ANIMALES

AUTORA: CLARA EISMAN PATÓN

Sitges, 25 de Octubre del 2007

Este relato auténtico está escrito para los amantes de los animales

1

Llevo años queriendo escribir sobre los animales que han compartido mi vida, desde que era una niña hasta ahora. ¿Por qué no lo hecho antes? Pues, era bastante difícil y penoso para mi. Incluso ahora no sé si estoy preparada, pues, los recuerdos son muchos, llenos de amor, de alegrías y de tristezas que he vivido junto a ellos.

Yo me declaro ser amante de la naturaleza, de todo lo que se mueve y tiene vida, también de una hoja que cae del árbol porque su ciclo ha llegado a su fin, la recojo del suelo y la guardo, de esa manera viven conmigo muchos años.

Los animales que han compartido su existencia a mi lado son perros, y todo este manuscrito lo dedico a ellos.

En el pueblo donde nací, Navas de San Juan provincia de Jaén, es un pueblo de aceituneros, de gente consagrada a la labor del campo como es, la aceituna. Son gente de costumbres muy rurales, por el trabajo que tienen en el campo están obligados a trabajar con los animales, aunque ahora todo está más modernizado, y la mayor parte del trabajo lo hacen máquinas. Pero el cariño que sienten hacia los animales es el mínimo, y ese mínimo es por interés, para que cuiden de sus labores del campo. Son perros que están embrutecidos porque nadie le da cariño,

están carentes de afecto, y se comportan igual, al trato que reciben.

Rara vez es cuando los dejan que entren en las casas. Esto, no solamente ocurre en el pueblo donde yo nací, también en los demás pueblos del mundo. No quiero dejarme tampoco las grandes ciudades, hay algún cretino y despiadado que cogen a un perro para que le guarde el garaje, y el animal vive el resto de su vida encerrado entre cuatro paredes frías y oscuras.

A mi me aterroriza cuando llega alguna fiesta del lugar donde resido y empiezan con los fuegos artificiales. Pues los perros que obligan a que cuide de esas cuatro paredes siniestras, los oímos todos, desesperadamente ladrar, al punto de volverse locos.

¿No hay una ley para castigar a todos estos desaprensivos que dicen ser personas?

En el pueblo que yo nací, en casa de mis padres, siendo yo niña había un perro, siempre recuerdo cómo era, marrón, con manchas más oscuras que le marcaban la cabeza, el vientre y el lomo. Estaba acostumbrado el animal a trabajar en el campo, sobretodo mi padre lo dejaba atado debajo de un olivo para que cuidara de las cosas que dejaba suyas personales, mientras que el iba a cavar la tierra de las olivas. La borrica la dejaba trabada para que no se fuera lejos mientras comía hierba.

Trevele, era cómo se llamaba el perro, tenía acceso a la casa, y comía lo mismo que nosotros. Al caer la tarde, se iba a dormir a la cuadra con la borrica. En esta época, las cuadras estaban en el corral, los animales tenían que entrar y salir por la puerta de la casa.

Cuando yo cumplí diez años, mis padres y una hermana más pequeña que yo, nos fuimos del pueblo para ir a vivir a Granada capital. Trevele, no venía con nosotros. Yo no lo eché de menos entonces. Fueron años más tarde que un día le pregunté a mi madre, qué había sido del perro, donde se había quedado al marcharnos del pueblo - me contestó - Que mi padre lo había ahorcado en un olivo, unos días antes de irnos a Granada ¿Qué quieres que hiciera? No podíamos dejarlo que vagara por las calles, un día u otro alguien lo mataría.

Al recordarlo siento mucha nostalgia, y una impotencia muy grande, pero yo, cómo niña no podía hacer nada, ni siquiera me enteré de lo sucedido. Tampoco

recuerdo si lo eché de menos. Mis sentimientos hacia los animales todavía no estaban cultivados, fue años después. Pero esto es otra historia.

Tenía yo veintiuno años, y aunque me da vergüenza lo voy a decir todo. Era yo aficionada a las corridas de toros. Nací y me crié en medio de fanáticos que daban una parte de lo que poseían por ver como destrozaban derramando toda su sangre el toro. El morbo de todas estas personas enfermas que disfrutaban enloquecidas como se desangra el animal, dando fuertes alaridos de muerte, era lo que yo vivía. Es lo que se llama cultura de personas malsanas.

Yo seguía las corridas de toros cuando las transmitían por televisión. En Granada había asistido a la plaza una vez que otra, llevaba la misma ilusión que todos, y las mismas esperanzas, ver como derramaba el toro toda su sangre sobre la arena. Cuando un toro cogía a un torero, se oía un coro de lamentaciones que provenían del público. Sentíamos pena por ese hombre que había atravesado el corazón con su espada, a centenares de toros. Y por una simple herida que sufriera, la mayoría de asistentes mantenían su mano tapándose la boca, como queriendo evitar el grito.

Una tarde yo miraba una corrida de toros que estaba retransmitiendo televisión española. Sólo recuerdo el nombre del torero que iba a cargo tal hazaña, el viti, debería de ser el verano de 1963. Llegó el momento de picar el toro. Como ya sabemos todos, los picadores se parecen a un champiñón subido en un hermoso caballo. Quiero especificarlo todo bien sin que me ponga nerviosa, porque cada vez que lo recuerdo mi corazón late a prisa.

El picador había clavado el pico en el lomo del toro, el animal era fuerte, y remeti6 contra el indefenso caballo. Los cuernos del animal los habfa clavado en el vientre del caballo, se lo habfa traspasado. El caballo cay6 de lado sobre la arena, el picador sali6 corriendo a cobijarse. Dos ayudantes de torero estiraban del rabo del toro, pero el animal habfa metido su cabeza en el vientre del caballo, y estaba cegado. Las tripas del noble caballo habfan llegado hasta la arena. Se debatfa c6mo podfa gritando desesperadamente, la imagen no la cortaron, siguieron transmiti6ndola ¡Era el morbo, esa enfermedad mental!

Cuando el toro sinti6 que el caballo no respiraba y que habfa acabado de dar alaridos, se despeg6 de las entrañas del animal. La cabeza la tenfa ensangrentada, de la sangre del caballo. Allf qued6 el animal con el vientre abierto.

Me di cuenta que yo estaba llorando como una magdalena, mi cuerpo temblaba, en mis oídos recibfa zumbidos oyendo al caballo pidiendo auxilio.

Yo repetfa una y otra vez entre sollozos.

¡Cobardes de toreros! ¡Cobardes y enfermos todos quien los siguen!

Las personas que se encontraban cerca de mfi, trataban que me calmara. Que eso era parte de la fiesta de los toros.

Yo seguía repitiendo - Los toreros son muy cobardes. No se atreven a torear a un toro entero, el picador tiene que d6rselo medio muerto.

Yo miraba a las tres personas que seguían a mi lado y les volví a repetir.

¿Por qu6 son los toreros tan mierdas?

Recuerdo a un chico que también había presenciado la corrida, levantó los hombros como respuesta.

A partir de esa tarde ya no era yo la misma. Mi corazón ennegrecido había cogido un tono rosado. No quería oír hablar más de toros ni de toreros. Me estoy refiriendo a los toros en la fiesta taurina. Porque el animal en sí es noble. Quien no lo es, es el hombre.

A la edad de veintidós años marché a París. Llevaba muchas ilusiones, y un mundo para descubrir. En esa época 1964, la mayoría de franceses amaban a los animales. Yo veía situaciones que ellos vivían con sus perros o gatos, muy distintas a las que yo estaba acostumbrada a ver en España. Me extrañaba mucho al observar como abrazaban a sus perros besándolos en la cara - yo pensaba - Eso jamás lo haría yo. Y más tarde comprendí, que todo estaba en la educación. Si no se tiene educación, la persona tiende a ser perversa. Es la ignorancia que la hace ser mala, y la anula como ser humano. Es como dijo Jesucristo cuando estuvo en la tierra - Tenéis ojos pero estáis ciegos, tenéis oídos, pero no oís.

Yo observo muchas veces pequeños insectos, el comportamiento que tienen al verse descubiertos por alguien. Su ritmo lo aceleran rápidamente a su pequeñísimo cerebro que creo que lo tienen, llega el temor de ser destruido, de que los maten. Descubro que tienen inteligencia que notan al instante que pronto no existirán.

Todo estuvo creado por Dios, ayudado por la madre naturaleza. Y si los humanos tenemos inteligencia, los animales la tienen también, jamás me olvido de eso. Si los humanos tenemos un alma, los animales la tienen también.

Dios y la madre naturaleza son el alma del universo. Si todos los seres vivos, estamos hechos de Chispas Divinas, Dios, que es todo bondad no iba haber

dejado unos hijos con alma y otros sin ella, eso no entra en la Concepción Divina.

A la edad de treinta y un años contraí matrimonio en París con un parisien. Al año de casarnos deseamos los dos tener un perro. Teníamos claro lo que queríamos, un doberman.

Un matrimonio conocido nuestro tenía un perro de la misma raza, y nos aconsejaron que fuéramos al criadero donde ellos compraron el suyo. Era en una casa de campo a las afueras de París. Telefoneamos antes para asegurarnos que tenían cachorros para vender.

Quedamos para ir a conocer el cachorro al sábado siguiente. Yo estaba impaciente que ese día llegara. Sólo pensaba en poder tenerlo en mis brazos, y en jugar con él.

La perra Doberman hacía dos meses y medio que había parido, había tenido cinco cachorros, tres de ellos estaban vendidos, eran hembras, y dos machos, era lo que les quedaba.

El matrimonio nos mostró tres medallas de la perra Doberman. Las había ganado en tres años consecutivos en concurso de elegancia. Los cachorros que vendía, también era a un alto precio, pues, tenían un pedigree famoso y lleno de premios de varias generaciones.

Llegó la hora que nos presentaran a Milord. El nombre ya lo tenía, pues, era el año que empezaba con la M.

Esperábamos en una sala, impacientes. Y de pronto, la puerta se abrió y entraba por ella como un loquillo corriendo y dando saltos, un cachorro doberman. Sentí pena y alegría al mismo tiempo. La pena era de ver a Milord, con las orejitas cortadas y vendadas con esparadrapo, también la colita la tenía cortada y vendada,

fue este matrimonio que me puso al corriente de por qué se lo hacían a la raza doberman. Le amputaban parte de las orejas y de la cola por estética - yo pensaba - Pobrecito animal lo que habrá sufrido.

Nos aconsejó este matrimonio, que pasado una semana se le quitara los vendajes.

Paso a paso, es como lo quiero recordar.

Llegamos a casa entrada la noche. A Milord no lo separaba de mi lado, lo quería tener conmigo, y era lo más parecido a un bebe en mis brazos. Esa noche no pudo comer lo que me habían recomendado, 100 grs. De carne picada, arroz cocido y zanahoria. Pues, yo no lo había previsto. Y le di dos lonchas de jamón cocido. Se quedó bien.

Esa primera noche la recuerdo como si fuera ayer.

Eran los últimos días del mes de octubre. La calefacción hacia un mes que estaba encendida, y delante del radiador del dormitorio había yo colocado la cama de Milord. No quería que se encontrara alejado de nosotros, ya era uno más de la familia.

Yo lo metía en su cama, pero al instante salía. Sólo buscaba jugar, no llegaba la hora que se fuera a dormir, si no jugábamos con él, nos mordisqueaba los tobillos, hacía intentos de saltar en nuestras rodillas sin conseguirlo. Sólo tenía dos meses y medio, y sus fuerzas no daban para tanto. Yo lo cogía y lo sentaba en mi regazo.

Mi ex marido desde esa noche me advirtió - No lo cojas tanto, y si llora déjalo - Yo lo dejaba una o dos veces llorar, pero a la que hacía tres, no podía remediarlo y caía en la trampa que Milord me extendía. Era muy listo, y nada más verme la primera vez, sabía que haría conmigo

lo que quisiera, y que me podría llevar por donde le diera la gana.

Era la hora de irse a dormir. Conseguimos que se quedara en su cama, pero cuando apagamos la luz, entonces fue cuando empezó el espectáculo. Sólo hacía que llorar, no lo hacía desde su cama sino del lateral de la nuestra. Mi ex, seguía diciéndome por lo bajo - Hay que hacer como si no lo oyéramos - Yo trataba de no oírlo, pero mi paciencia se iba agotando. Eran las tres de la madrugada, y Milord era incansable, podía tirarse llorando toda la noche, parte del día, y empalmar con la siguiente noche, tenía pulmones para eso y para mucho más.

Mi ex, me volvía a repetir - No se te ocurra subirlo en la cama nuestra, eso es lo que está esperando - Yo lo sabía, y lo que yo deseaba era subirlo. Sentirlo que dormía a nuestro lado. Esperé algo más pero no mucho, estaba cansada y necesitaba dormir.

Me levanté de la cama y nada más coger a Milord entre mis brazos se calló. Puse mi mano en su pecho y me dio pena como el corazón le palpitaba. Era normal que llorase de ese modo. Ese día por la tarde lo habían separado de su madre, olía a leche. Se encontraba en un lugar desconocido, con gente también desconocida ¿Cómo hubiese reaccionado una persona que le hiciesen hacer el mismo cambio? Creo que nos volveríamos locos o, cogeríamos una gran depresión que no podríamos quitárnosla en toda la vida.

Yo siempre me he puesto en el lugar de mis animales, y jamás he consentido que ellos lo pasaran mal. Los he educado del modo que he sabido, los he reprimido cuando hacían algo que no estaba bien, pero pronto se me pasaba el enfado, y les demostraba mi afecto y cariño.

Milord durmió en medio de nosotros dos toda esa noche, y nosotros también pudimos descansar. Por la mañana al despertarnos, pasamos un rato jugando con Milord, parecía de peluche. Sus dientes de leche parecían agujas clavándose en mis manos mientras jugaba con ellas. Yo las quitaba, tenía miedo a que me hiciera daño. Él las buscaba y yo las escondía. Mi ex, movía la cabeza negando, y me dijo - Juega con Milord, deja que te mordisquee las manos. Era la poca costumbre que yo tenía de tocar a un perro, pero pronto desapareció mi miedo, porque me tuve que enfrentar a tener que abrir su boca con mis manos para que comiera.

Al día siguiente de tenerlo en casa, le puse en su comedero lo que me habían indicado el matrimonio que los criaba. 100 grs. De carne de ternera picada, mezclada con arroz cocido y zanahorias. Al mes siguiente había que aumentarle 100 grs. Más de carne, así hasta que cumpliera un año, entonces tenía que comer un kilo diario. Pero picada ya no, sólo hasta que cambiaria los dientes de leche. También tenía que turnarle dos días en semana con pescado, y otro día con pollo.

Nos desaconsejaron totalmente, que le diera pienso, puesto, que en 1975 que fue cuando nació Milord, el pienso que había, dejaba mucho que desear, y los perros de pura raza los alimentaban con comida para su estabilidad.

Milord estuvo oliendo en su comedero la comida que le había yo dejado. Pronto se separó del plato con indiferencia, casi con desprecio. Me miró, y en su mirada entendí que me decía, no me lo voy a comer. Se lo comenté a mi ex, y me aconsejó, quítaselo y se lo pones esta noche. Lo hice, pero me quedé preocupada, puesto que nos dijeron el matrimonio del criadero, que tenía que

comer tres veces al día, hasta que cumpliera los seis meses.

A la hora del mediodía cuando nosotros nos tocaba comer, Milord estaba sentado en el suelo, en medio de nosotros dos, esperando que le diéramos de nuestros platos. Mi ex, me decía - No le des nada, está esperando a que le demos lo que estamos comiendo.

Milord lloraba reclamando comida. Su nariz la tenía levantada hacia arriba dejando entrar por sus fosas nasales el aroma a pollo al horno que había en nuestros platos, y su llanto aumentaba cada vez más. Hasta que conseguía que yo le diese trocitos de pollo. Mi ex, me apuntó diciéndome - Ahora has conseguido que su comida no se la coma - Pues, sí, estaba en lo cierto, pero es que yo sentía mucha pena por Milord. Cuando lo miraba, y me detenía en su carita, con las orejitas cortadas y vendadas, con los cinco centímetros de rabo que le habían dejado, y que también lo tenía vendado, no podía resistir a su llanto, pues, de esa manera me estaba pidiendo que le diera de nuestra comida, y que lo cogiera en brazos, etc.

Su comida no la había tocado, la puse en un taper y la guardé en la nevera. Al día siguiente la calenté y la deposité en su comedero. Lo puse en la cocina, en el sitio donde él comía. Milord ni siquiera se acercó, pasó totalmente de su alimento.

Me di cuenta que yo estaba empezando a hacerlo con él todo mal ¿Pero qué hacer? Me creé yo sola un problema, que para mi era grande, al tercer día seguía sin querer comerse su comida, sabía que llorando conseguiría comer de la nuestra.

A los tres meses le tenían que poner la vacuna y aproveche para decirle al veterinario lo que sucedía con Milord. Me dio una explicación, que también se les aplica

a los niños cuando la madre ha decidido que coma tal comida, si lo rechaza, se lo quita, y se lo vuelve a poner. Me dijo - Cada tres horas póngale el plato de comida, si lo rechaza se lo quita, y se lo vuelve a poner. Así, hasta conseguir que se lo coma.

Me fui contenta de la consulta del veterinario, pensando, que esa batalla la tenía ganada.

Por la noche le puse su comida. Y como era de esperar, la rechazó. Tres días seguidos seguí lo que el veterinario me aconsejó. Y sobretodo, me dijo, que no le diese comida nuestra.

Cuatro días hacía que Milord no comía, sólo bebía agua. Con lo pequeño y delgadito que era, había reducido más. Decidí volver al veterinario y comentarle lo que estaba pasando. Decidió que era yo quién tenía que darle la comida. No podía seguir por más tiempo sin ingerir nada de alimento, sólo era un cachorro de tres meses, y podría sucederle cualquier cosa.

Ese día le hice comida nueva. Ocupé el lugar de la cocina, y me senté en una silla baja, a Milord lo puse en medio de mis piernas, sentado en el suelo y de espaldas a mi. El comedero lo había dejado a mi derecha y empecé la faena, haciendo lo que el veterinario me dijo. Con mi mano izquierda abría la boca de Milord, y con la derecha le introducía hasta el fondo comida, le cerraba la boca hasta que la tragaba. Así, tres veces al día. La ración que tenía que comer al día, se la repartía en tres veces. Esta labor la tuve que llevar con él, hasta que hizo los seis meses, cuando echó los dientes de leche y le salieron los suyos. Ya no había que darle la carne picada, sino a trocitos medio hechos.

A la semana de tener a Milord, había que ir con sumo cuidado para quitarle los vendajes de las orejas, y los del rabo. Estuvo una semana con las orejitas tiasas, pero al pasar los siete días, la oreja izquierda se dobló y cayó hacia abajo. No teníamos experiencia en este menester, y lo lógico era que lo llevara al veterinario. Él le cogió con esparadrapo la oreja, y me dijo que pasaba, porque estaba falto de calcio. Me aconsejó una marca que él vendía para sus clientes. Era un tarro de medio kilo en polvo, lo tenía que mezclar en su comida una cuchara sopera cada día.

Estaba gracioso Milord con una orejita vendada, yo me metía mucho con él, jugando. Hacía mil monerías, sabía que lo queríamos, él nos correspondía con sus gracias y sus caricias.

Cuatro días tenía que llevar el vendaje, al que hizo el quinto, se lo quitamos. Esta vez, la oreja se le mantuvo derecha dos días, al que hizo tres, volvió a doblarse.

Enfrente de nosotros vivían el matrimonio que nos indicó el criadero donde compramos a Milord. Ellos tenían otro doberman de dos años, y que era hermano de Milord. Le contamos lo que nos estaba sucediendo con la orejita de Milord. Y nos respondieron que también le había pasado lo mismo con el doberman de ellos. Fue él que se prestó a vendarle la oreja a Milord. También había que vendársela con esparadrapo, y tenerla así, cuatro días. Después seguimos la misma operación anterior, y al cabo de los dos días, volvió la oreja a doblarse hacia delante.

Yo estaba en un mar de dudas, creía que Milord estaría así el resto de su vida. Este problema lo comentaba con mi ex. La explicación de él, era, que con el tiempo se le arreglaría.

Esa noche decidimos vendarle nosotros la oreja, pues, me decía, que no lo fuese a hacer yo, puesto que no sabía, y podría hacer que todo fuera a peor. La misma operación hicimos entre los dos. Creíamos que el triunfo había llegado, y al cuarto día cuando quitamos el vendaje de la oreja de Milord, estábamos contentos porque habíamos acertado, pero a los dos días llegó nuestra decepción al verle la oreja doblada.

Mi ex me decía - No se la toques tú, no sabes - Pero al día siguiente me armé de valor, y aprovechando que él no estaba, puse a Milord entre mis piernas. Encaré la oreja filo con filo, y cuidadosamente la fui envolviendo en el esparadrapo hasta que sentí que estaba bien cogida. Al llegar mi ex a casa se extrañó al ver a Milord con la oreja vendada, me preguntó. Quién lo había hecho, pues, esperaba que le dijera que había sido yo, para echarme la bronca. Pero tenía pensado qué le iba a decir, y le dije, que había sido el vecino de enfrente quien volvió a vendarle a Milord la oreja, se quedó más tranquilo. Era cien por cien machista. Todo lo que una mujer hiciese, estaba mal hecho. El temor mío era, si se cruzaba con el vecino y salía el hecho a relucir, pero no fue así. A los cuatro días le quitamos entre los dos el vendaje. La oreja quedaba perfecta, como las otras veces, pero había que esperar para ver los resultados.

Pasó una semana, y otra. La oreja de Milord seguía derecha. Y llegó el comentario por parte de mi ex - Esta vez, el vecino ha atinado a ponerle bien la oreja a Milord - Yo negué con la cabeza - ¿Qué me quieres decir?

- Me preguntó. Le dije la verdad - No ha sido el vecino sino yo - No es cierto me estás gastando una broma - Respondió incrédulo - Pregúntaselo a él si no me crees - Le dije.

Milord crecía sano, y muy juguetón. Nunca buscaba a otro perro para pelearse, los perros que hacen esto, es que están faltos de cariño. Le gustaba jugar con los niños, era otro niño entre los demás. Había gente que se alarmaban y nos decían - ¡Cuidado con vuestro perro puede morder! Jamás tuvimos ese problema. Es cierto que cuando era yo quien lo sacaba a pasear, no dejaba que nadie se acercara a mí, Se ponía de pie con las dos patas traseras mostrando los colmillos. Tenía una fuerza enorme y me costaba mucho sujetarlo con la correa. Cuando era mi ex quien lo llevaba, aunque yo fuera a su lado no lo hacía. Quería protegerme cuando iba sola con él. Eso fue lo que nos dijo el veterinario.

Nos habló de presentarlo a un concurso de elegancia, pues, Milord había heredado el porte de su madre, y en su pedigree lo ponía, que había sido tres años consecutivos, la más elegante. No estábamos de acuerdo en presentarlo a tal concurso, lo queríamos cómo era.

Milord tenía un año y ocho meses. Mi ex como era militar, le dieron un traslado, por un año a África del sur, también yo me iba con él, y por supuesto Milord. No me podía imaginar lo que llegaría a sufrir este animal. Espero poder escribirlo todo sin dejarme un detalle. Estoy segura que para todos los animales, al morir tienen su cielo, y por supuesto, Milord está en el suyo, no me cabe la menor duda.

Los preparativos para trasladar a Milord a África, fueron largos, por toda la burocracia que había que pasar, con todas las vacunas, papeleo de aquí y de de allá. Más que pasar para nosotros, que sólo teníamos que tener las vacunas que pedían.

La noche que embarcamos para África jamás la podré olvidar, la estaré recordando toda mi vida.

Mi ex, tenía cogido de la correa a Milord. El pobre animal no sabía lo que le esperaba, tampoco yo. Mi ex, me había comentado, que Milord viajaría dentro de una jaula de madera. Había sido él quien se ocupó de todos esos trámites. Milord, jamás se había separado de nosotros, y para el animal fue un gran shock el que recibió al ver cómo éramos nosotros quien lo metíamos en una jaula de un metro de anchura.

Mi ex, trataba de tranquilizarme. Pues, me ponía en el puesto de Milord, como debería yo de sentirme separándome de mis padres para encerrarme en un sitio

oscuro y con rejas. Hoy en día cuando lo pienso me entra una especie de delirio que tengo que olvidarlo por mi bien.

Íbamos volando, y los asientos que teníamos daban en la cola del avión. Abajo, viajaban los equipajes de todos los viajeros, y también Milord. Aún siento en mis oídos sus ladridos, hasta arriba donde estábamos los viajeros llegaban. Eran dieciséis horas de vuelo que pasé de la peor manera. Encima por si era poco se levantó de madrugada una tormenta que parecía fuera a derribar el avión, los relámpagos aparecían de derecha a izquierda, los truenos eran de espanto, las alas del aparato se movían haciendo un ruido espantoso. Cuando terminaba un trueno, volvía a oírse a Milord ladrar.

A la una del mediodía el avión aterrizó en Johannesburgo, para después de dos horas embarcar en otro que nos conduciría a la antigua Rodesia, hoy zimbawe.

En Johannesburgo descendieron todos los equipajes y la jaula de Milord. Estaba yo deseando de verlo, y que me viera. Lo sacamos de la jaula para que estuviera con nosotros. Yo le hablaba, y le decía, que el viaje pronto iba a acabar. Lo colmaba de besos y de caricias. Milord pensaba que ya se había librado de la jaula, ese era mi pesar. Tuvimos trabajo para volver a meterlo, no había manera, me miraba llorando ¿Por qué me vuelves hacer esto? Creo que era eso lo que me quería decir. Con lágrimas en los ojos vi como entraba con las demás maletas por la estera deslizante para volver al sótano del avión.

Era hora y media de vuelo. Me mentalizaba pensando en que sólo era un rato, y después, estaría Milord todo el tiempo conmigo. Aunque sólo era más de

una hora, se me hizo interminable, pues, supongo que para Milord fue algo peor.

Cuando llegamos a nuestro destino, estaba ansiosa porque nos dieran a Milord, para decirle que acabaron las penalidades para él. Estábamos esperando delante de la estera deslizante a que apareciera la jaula con Milord, y también las maletas. Estas aparecieron antes, y después, la jaula de madera con Milord. Estábamos con precaución esperándola, si nos descuidábamos, pasaba, y volvía a entrar. Pero eran demasiadas las ganas que tenía que Milord se encontrara libre, y conmigo. Nada más tuvimos la jaula, sacamos a Milord. No se puede expresar con palabras lo feliz que Milord se encontraba, y también la alegría que yo tenía de verlo a mi lado.

Habían puesto un autocar para los militares que viajaban con sus esposas. Mientras que esperábamos a que llegara, permanecíamos todos de pie fuera del aeropuerto. Milord se había acostado rendido encima de mis pies, aunque me dolían de su peso, no lo quería mover, tenía miedo que al moverlo pensara que otra vez lo iba a separar de mí. Aunque los dedos de los pies los tenía dormidos aguanté hasta que llegó el autocar.

Nos habían destinado provisionalmente a un bloque de dúplex. Era ya noche, pues en África del sur, a las cinco de la tarde lo es. Ya esperando a que el autocar llegara, había advertido que había sangre en la boca de Milord, pero de pie y de la manera que él estaba no lo quise tocar hasta que no llegáramos al dúplex. Allí con más tranquilidad miraría que era.

Aunque llevaba un cansancio que no me tenía de pie, me senté en una silla baja, coloqué a Milord sentado delante de mí, y le abrí la boca ¡Pobrecito mío! Tenía las encías de arriba y las de abajo, llenas de astillas clavadas.

Eran de la jaula de madera, había intentado todo el tiempo que hicimos el último trayecto, o sea, hora y media tratando de morder la puerta de la jaula para salir. Milord se dejaba hacer conmigo de todo. Le dije, que las astillas se las tenía que quitar, y que se estuviese quieto. No se movió de donde estaba mientras que yo fui a por mis pinzas, para quitarle las astillas que tenía clavadas. Yo iba con sumo cuidado para hacerle el mínimo daño. Le sacaba astilla por astilla, las habían muy pequeñas incrustadas por encima de los dientes, y también por los de abajo, pero donde más tenía era en la encía superior. Todo el rato que duró la operación, no se movió, aguantó como un valiente que era.

Esa noche no se apartó de mi lado, le puse una manta, dos veces doblada, en el suelo, y junto a mi cama, pero se pasó toda la noche de pie, y con la cabeza apoyada en el borde de la cama buscando mi mano para que la posara sobre su cabeza. Las heridas sufridas en las encías le cicatrizaron a los pocos días, y pudo comer.

El bloque de dúplex estaba a las afueras de la ciudad, junto a los campos donde instruían a los soldados militares. Cuando no estaban, sacaba a Milord al campo para que corriera, era un gran atleta, cuando le tiraba una piedra para que la cogiera, llegaba antes y la esperaba. De súbito aparecía un pelotón de soldados haciendo maniobras. ¡Era más fuerte que Milord! cogía con sus dientes el pantalón de uno de los soldados. Este llevaba a Milord arrastrando un largo trecho. El comandante que era quien instruía y que era amigo nuestro, se acercaba a donde yo estaba y me decía - Llame a Milord y sáquelo de aquí, no lo traiga por las mañanas. Lo llamaba, y cuando Milord quería, venía, no me hacía caso a la primera vez, y

tampoco a la segunda. Tenía que notar mi voz enfadada para que me obedeciera.

Mi ex, no estaba prácticamente en casa, su trabajo en la frontera lo hacía estar tres semanas, y una en casa.

Un día me fijé en la cabeza de Milord y advertí que tenía algunos bultos. Los toqué, y lo que parecía que fuera algo superficial, estaban bien metidos dentro de la cabeza, y también le corría por la cara, el lomo y el vientre. Mi ex, no estaba, y sólo podía recurrir a Paul, el comandante. Fue él que en su coche llevó a Milord y a mí, a la ciudad, a una clínica veterinaria. Como se habla inglés y yo no lo manejaba, fue Paul quién entró en la consulta con Milord, yo estaba tan asustada que preferí quedarme fuera, y saber la noticia por Paul. Salió fuera sin Milord, y me dijo - Las garrapatas le han envenenado la sangre, y se la tienen que cambiar toda. Tiene que quedarse aquí tres días.

Volvimos sin Milord. Con una gran tristeza que me envolvía, he hice todo el viaje llorando. Paul me decía, que Milord se pondría bien, y sería el de antes.

Al cuarto día fuimos a traérnoslo, pues, había recibido todos los cuidados en la clínica, y aunque tenía un tratamiento a seguir, la sangre la tenía bien. Los bultos en todo su cuerpo eran gruesos como nueces, le iban bajando poco a poco. Milord sólo quería estar a mi lado, que lo acariciara y le diera mimos, era muy mimoso.

Recibimos todos los que habitábamos los dúplex, teníamos que desalojarlos pronto, pues, iban a habitarlos soldados militares. En pocos días alquilé una casita con un amplio jardín, con flores de diversas clases. También había árboles frutales. Se hallaba esta casa al otro lado de la ciudad. El autobús lo tenía cerca y me podía desplazar, cosa que antes no podía, por estar en el campo. Estaba contenta por Milord, aquí podía correr y trotar cómo a él le gustaba, era para él como para mí un verdadero paraíso.

Al poco tiempo de estar viviendo en esta casa, pensé que Milord necesitaba una compañera, para que no se sintiera sólo, pues, se pasaba horas acostado a un lado del jardín durmiendo.

Fui a la perrera para encontrarle esa compañera, que yo pensaba, necesitaba. Era la primera vez que pisaba una, me sobrecogí al ver tantos perros abandonados. En los dos laterales del pasillo, las jaulas estaban repletas de perros, de tres y cuatro en cada una. El empleado que me acompañaba, me preguntaba en inglés - Si me había decidido por algún perro - Le respondí - Que lo que yo buscaba era una perra. Él me iba mostrando, pasando por cada jaula, las perras que habían.

Todos los animales con sus ladridos y el movimiento de la cola, me pedían venir conmigo, necesitaban que alguien los adoptara. Yo me fijé en una perra de pelo negro, de estatura mediana, y mestiza de raza. Las orejas las tenían llenas de moscas, vivían allí. Era la única perra que no ladraba, se había conformado a

su destino, tanto le daba salir que quedarse dentro. Fue a ella a quien elegí, sentí mucha pena por todos los demás, que estaban con la ilusión que alguien los sacara de allí.

Para llevarme a Diana, ese era el nombre que le puse. Tenían que operarla, para que no tuviese descendencia. Siete días me dieron para que fuera a por ella, y quince dólares que era el coste de la operación.

A Milord le decía cada día, que iba a tener compañía. No sé si lo entendía, pues, le daba igual que se lo dijera, él era feliz como estaba.

El día que tenía que ir a por Diana, me acompañó en su coche, una señora francesa, y nos la trajimos. Venía yo con todas las ilusiones del mundo, de haber podido sacar de la perrera a Diana, y también para que Milord no se encontrara sólo. Había mucho jardín, y podía ser habitado por más animales, pero eso, me daría mucho trabajo.

En el movimiento de abrir la verja de hierro, y yo aparecer con Diana. Milord vino a nuestro encuentro. La estuvo oliendo unos instantes, y seguidamente fue hacia la casa, se sentó en el porche mirando hacia otro lado, haciendo ver, que Diana no le importaba. La acerqué a Milord diciéndole.

- Es tu compañera. Milord se levantó y cambio de sitio, quise entender, que me decía - Déjame en paz.

Antes de todo tenía que encontrar la manera de sacar de las orejas de Diana tantas moscas que vivían en ellas. Las tenía pegadas chupándole toda la sangre que podían, eran pupas grandes las que le habían hecho. Se me ocurrió de ponerle un spray para matar moscas y mosquitos, pensé que si se morían con eso, también lo harían en las orejas de la pobre Diana. Tiene el cielo ganado por sufridora. A la segunda vez de ponerle del

spray, tapándole los orificios de las orejas, las moscas no volvieron más, pero aún con eso le estuve poniendo una semana, una vez al día. No le gustaba, y me hacía muchos regates, hasta que conseguía que se sentara encima de la hierba, se dejaba porque sabía que era por su bien. Las pupas se le curaron hasta tener unas orejas limpias y brillantes.

La guerra había empezado por parte de Milord, no quería a Diana, no la soportaba. En ningún momento se mostró agresivo con ella, pero le hacía la vida imposible. Cada uno tenía su comedero, y a la hora que les tocaba la comida, Milord se ponía a comer en el plato de Diana, haciéndole ver que se comería su plato, y seguidamente el de él. Diana se quedaba a un lado mirando cómo Milord terminaba su plato. Era un problema para mí lo que estaba sucediendo, tenía que cortar por lo sano, y quitarle los celos a Milord. Porque sólo eran celos, de la edad de dos meses y medio, había estado a mi lado, dándole todos los mimos, y ahora eso no lo admitía, que yo los compartiera con su nueva compañera.

Si yo hubiese conocido en esa época al veterano y encantador de los perros, Cesar Millán, estoy segura que me habría dado una explicación detallada del comportamiento de Milord. Pero en aquella época él era un niño, hoy precisamente sábado he puesto tele 4 que es donde él sale, y también los domingos. Pues, hoy tenía una cita con un bóxer macho. Su dueña quería que se apareara con una hembra de la misma raza. Su deseo era que vivieran en pareja y tuvieran cachorros. Cesar Millán fue a la perrera para buscar la perra que mejor se acoplara al bóxer. Estuvo mirando todas las jaulas, buscaba una perra que tuviera buenas energías, y se acoplara bien con el bóxer macho. Se decidió por una que decía sería la ideal.

Al llegar a la puerta de la dueña del bóxer, ésta quería que la hembra entrara en la casa y los dos perros se conocieran. Cesar Millán lo desaconsejó. Los dos animales se tenían que conocer en la calle, tenía que ser el macho quien invitara a la hembra a entrar. Cesar Millán tenía cogidos a los dos bóxer, por la correa, uno en cada mano, paseando con ellos por la calle. Anduvieron un trozo de trecho sin que ocurriese nada, pero poco a poco, fue el macho quien hizo el intento de conocer a la hembra, hasta que los dos se hacían caricias oliéndose. El macho intentaba montar a la hembra, entonces fue cuando Cesar Millán, dijo a la dueña, que la perra podía entrar en la casa, el macho la había aceptado.

Me hubiese gustado saber esto, el día que cogí a Diana, hubiera hecho lo mismo con Milord y ella. También mi pensamiento se va a otro lado y era posible que Milord no la aceptara porque la habían operado y vaciado. Exactamente no lo sé.

A la hora que Milord y Diana comían, tenía que meter a Milord en la casa hasta que Diana terminaba. A Milord solía darle de comer antes, y en este caso, Diana estaba fuera, ella era pacífica, muy tranquila, muy buena, Milord también lo era, pero cuando sacaba su carácter tenía yo que intervenir. Pero nunca se metió con Diana en plan agresivo, lo que hacía era hacerle la vida imposible, quizá para que ella se fuera. Hizo el intento ¡Pero después de estar harta de recibir desaires por parte de Milord, y de ignorarla!

Las caricias que les hacía iban para las dos, si le daba un beso a Milord, también se lo daba a Diana. Si le ofrecía una galleta a Milord, también le daba otra a Diana, los dos esperaban al mismo tiempo a que se la diera. Milord no tenía más preferencias que Diana.

Un día, a eso de las once de la mañana advertí que Diana no estaba en el jardín, miré dentro de la casa, y tampoco. Le pregunté a Milord que estaba sentado en el porche - ¿Dónde está Diana? - El llevó su vista en dirección a la verja. Yo miré, la puerta de hierro estaba cerrada, pero fui para asegurarme. Había escarbado en la tierra, y hecho un agujero, fue por ahí por donde salió. Abrí la puerta rápidamente, miré a mi derecha, y como a cien metros, iba Diana andando por el lateral de la izquierda, tuvo que cruzar la carretera, con la de coches que pasaban. También yo la cruce y me puse a correr en la misma dirección llamándola a gritos. Se paró y se dio la vuelta para mirarme, y seguidamente siguió caminando. Yo seguía corriendo y gritando su nombre, hasta que por fin se paró, y esperó a que yo llegara. La conduje hasta la casa, e hice que taparan el agujero que había hecho en la tierra.

Me dediqué a vigilar más a Milord, quería saber qué le hacía a Diana, aparte de no dejarla comer.

Cada uno tenía su cama, era de bambú, y tenía cada cama un ancho cojín. Estuve observando a la hora de irnos a dormir, porque ellos se iban cuando yo, esa regla la tenía Milord marcada. Diana no se podía ir a dormir antes que él, y aquí era cuando empezaba su juego. Al momento de que Diana entraba en su cama, ahí estaba Milord para impedirselo, él se acostaba en la cama de ella, y como Diana tenía prohibido de acercarse a la cama de él, pues, de esa manera la fastidiaba. La pobre Diana se quedaba de pie en medio de las dos camas esperando a que Milord le dejara la suya libre - ¡Con que era eso entre otras cosas más! - Dije - Pues, pronto reaccioné, me tenía que haber dado cuenta antes. Dirigí a Diana hasta la cama de Milord, y la acosté en ella. Rápidamente Milord se puso en

pie y quiso ocupar su cama. Coloqué a Diana en la suya, y dirigiéndome a los dos apuntándoles con el índice, les dije señalándoles.

- ¡Esta es tu cama! - Le dije a Milord - Y señalando a Diana continué diciendo - Y esta es la tuya.

A partir de esa noche Milord comprendió, sabía que estaba haciendo mal, pero era yo quien tenía que intervenir ¡Como siempre!

A la mañana siguiente noté que Milord dejaba tranquila a Diana en todos los aspectos. No se metía en donde se sentaba, o cuando comía, incluso llegó a dejarla que comiera en su plato. La había aceptado, pero al final. Teníamos que dejar Rodesia, porque la guerra llegaba a su fin. Gracias a Dios que así fue, por los nativos.

Diana no tenía pedigreé, y tampoco que acreditara su existencia en un documento. Creo que estuvo viviendo en casa seis o siete meses. En la perrera me dijeron que las vacunas correspondientes se las habían puesto. Era difícil sacarla del país, y antes de marcharnos la teníamos que dar en adopción. Pusimos un anuncio en el periódico, que decía - Regalamos perra de tres años, buena y cariñosa, de pelo negro, y mestiza de raza. Que se abstengan los no amantes de los animales. Al día siguiente a las siete de la mañana llegaba el primer candidato. Era un hombre negro, bien vestido. Venía en su automóvil. Mi ex, lo invitó a que entrara en la casa, teníamos varias preguntas para hacerle, si no correspondía con lo que buscábamos para Diana, no se la entregaríamos.

Le pedimos el carnet de identidad, anotamos su nombre y su dirección, también ponía en el carnet, su profesión. Profesor de matemáticas. Seguimos preguntándole. Vivía en una amplia casa con jardín, con esposa y cuatro hijos.

Lo encontramos todo perfecto, y decidimos de dársela a él. Se veía buen hombre. Era duro, muy duro de separarse de Diana. Ese día lo recuerdo, como si de ayer se tratara, jamás lo he podido sacar de la cabeza, y las imágenes las tengo presentes.

En el momento de entregársela a este señor, tanto mi ex como yo la estuvimos besando. Yo le decía a Diana - Que me perdonara por separarla de mí, pero era lo mejor para ella.

Rompí en sollozos cuando la metíamos en el coche. Mi ex también lloraba, era la primera vez que lo veía llorar. Él estuvo muy poco con Diana, y no la pudo querer como yo, pero aquí demostraba tener buenos sentimientos hacia los animales, de todas maneras los tenía. Eso no tenía nada que ver en su comportamiento conmigo.

Este señor nos extendió la mano, y nos agradeció que le diésemos a Diana. Para que estuviésemos tranquilos porque vio como estábamos inundados en lágrimas, nos dijo. Que Diana estaría muy bien, y que tanto su mujer como sus hijos, la estaban esperando. Tendría un gran jardín para ella, y jugaría con sus hijos.

El último recuerdo que guardo de ella, de su imagen, fue, cómo nos miraba por los cristales de atrás del coche, mientras se alejaba. Diana también está en el cielo, no tengo la menor duda.

Dos días después era nuestra marcha, y decidimos de volver a Barcelona. Mi ex, quería que fuéramos a Paris, que volviéramos de nuevo allí, fui yo quien no quise. Nuestra relación ya se había deteriorado, yo no quería seguir con él.

Teníamos que volver con Milord ¡Pobrecito mío todo lo que pasó! Tampoco lo puedo olvidar, es difícil de explicarlo, pero lo tengo que hacer.

Al día siguiente, había que llevar a Milord a una empresa de transportes. En el viaje de regreso no viajaría con nosotros, o sea, en el mismo avión, así lo marcaba las leyes de África.

Lo llevamos a la dirección que nos dieron. Eran grandes oficinas, y después de rellenar dos hojas vino un hombre que trabajaba para esta empresa, y nos pidió que le diéramos a Milord, cogido por la correa. Teníamos que despedirnos de él, hasta que nos viésemos en Barcelona, que era el lugar de destino que yo había elegido.

Podíamos despedirnos otra vez de Milord, saliendo de las oficinas, y detrás había una verja de hierro, donde Milord estaba sostenido en el suelo con las dos patas, y con las manos cogido en los barrotes. La mirada la tenía descompuesta, trataba de llegar a nosotros que estábamos delante, daba fuertes ladridos. Metí mis manos por entre los barrotes, y estuve acariciando su cabeza, mientras le decía - Pronto nos volveremos a ver, y nunca más nos separaremos - No podía reprimir mis lágrimas. Dejábamos a Milord en un país que apenas conocíamos.

Nos marchábamos al día siguiente, pero no sabíamos cuando lo haría Milord. De lo que estábamos seguros era, que lo tratarían bien. En las ocasiones que tuve que llevarlo al veterinario, se esmeraron para hacerlo lo mejor posible.

Milord se deshacía en ladridos viendo cómo nos marchábamos, y lo dejábamos otra vez al amparo de la suerte. Eso era lo que más me dolía, que pensara que lo habíamos abandonado. Mi ex, también lo estaba pasando muy mal, pero no derramó una lágrima, fue todo lo contrario que con Diana, apenas había estado con ella, y el tener que darla fue terrible. Es la primera y la última vez que lo vi llorar, pero estaba tan destrozado como yo. No podíamos quedarnos allí por más tiempo, sobretodo por Milord, por lo desesperado que estaba.

Nos dijeron, que tres o cuatro días como máximo, llegaría Milord a Barcelona. Lo harían por un avión de mercancías. Me lo imaginaba pobrecito mío, viajando en una jaula de madera entre enormes paquetes.

Al otro día a eso de las doce embarcábamos con rumbo a Barcelona, pero esta vez tuvimos que hacer dos escalas, la primera en Lisboa, Portugal, la segunda en Madrid, y por último Barcelona.

Lo primero que hicimos fue al día siguiente de llegar, era encontrar un piso de alquiler con terraza, para que Milord pudiese correr y moverse con espacio libre. En aquella época 1978, se encontraban pisos de un alquiler razonable, y cogimos un ático con una amplia terraza, en el paseo Valldaura.

Tres días después de llegar nosotros a Barcelona, fuimos al aeropuerto, y preguntamos con la certeza de traernos a Milord. Allí no tenían constancia de su llegada. Nos recomendaron que fuéramos a la estación de Francia,

por si acaso lo habían llevado allí. Del aeropuerto fuimos a la estación, presentamos el papel donde indicaba que Milord viajaba dos días después que nosotros. Después de estar esperando un largo rato, oímos con desolación, que tal jaula ocupada por un doberman, no había ido allí. Yo me empecé a desesperar, sin saber donde podría estar Milord, me lo imaginaba perdido en cualquier lugar. Advertí, que España no era el lugar más adecuado para que vivieran los animales. Cuando íbamos donde nos mandaban para preguntar si había llegado, al decirles que se trataba de un perro, hacían una mueca para reír, y con mala gana cogían la hoja de papel que le mostrábamos, sin darle importancia. En mis adentros, sentía, que Milord seguía encerrado en una jaula, lo encontraríamos muerto, o ido de la cabeza.

Fue la policía quién nos ayudó, y nos dio la dirección de un almacén a las afueras de Barcelona, donde llevaban todos los objetos perdidos. Si no estaba allí, ellos se encargarían en indagar. Yo llevaba las esperanzas perdidas, en tantos sitios habíamos ido y no estaba ¿Por qué iba a estar aquí? Un taxi nos llevó hasta ese lugar, era una nave larga y ancha. El guardián nos atendió bien, y nos dijo - Que entre tantas cajas y paquetes como habían extraviados, no había visto que hubiese una jaula con un perro. El era vigilante de día, y no lo había oído ladrar, tampoco el vigilante de noche, se lo hubiera dicho.

Tanto mi ex como yo dijimos que queríamos mirar, caja por caja. El guardián también se ofreció a buscarlo, y los tres nos repartimos en la nave. Había cajas grandes de madera en varias filas, unas sobre las otras. Tanto mi ex como yo íbamos gritando el nombre de Milord sin parar. Llevábamos un rato buscándolo y llamándolo sin resultado, las esperanzas me habían

abandonado, daba a Milord por muerto en algún lugar ¡Y de pronto, mi corazón se ensanchó cuando oí decir al guardián! - ¡Señores aquí hay una jaula de madera! Corría yo en dirección de este santo hombre, y con mi ex, nos acercamos.

Debajo de dos cajas de madera había una jaula, parecía que no estuviese ocupada, pues, no se oía nada, ni que nada se moviera. Mi ex, empezó a silbar, igual que lo hacía con Milord cuando lo llamaba a silbidos. Me faltan palabras para expresarlas en este manuscrito, de cómo me sentí, parecía que fuera yo quien había resucitado. Volviendo a la vida repleta de felicidad, al oír los gemidos de Milord. Nos había reconocido, sabía que éramos nosotros. Con gran nerviosismo convertido en alegría, nos acercamos a la jaula separando cajas grandes de madera para poder acceder.

¡Milord! ¡Milord! - Gritaba yo. Se oyó el ruido que hacía por querer salir de la cárcel donde estaba metido.

¡Qué maravilloso fue volver a encontrarme otra vez con él! Dentro de la nave tuvimos que calmarlo, pues, los gemidos y los saltos que daba queriendo subir encima de nosotros, eran inmensos.

El guardián estaba emocionado, decía - No haber visto algo igual - Le agradecemos infinitamente la ayuda grandiosa que nos había prestado. Fuera en la calle dejamos a Milord que se desahogara con nosotros, pues, también lo necesitábamos. Yo lo quería abrazar y besar, pero no me dejaba, la euforia se lo impedía.

Comentamos con el guardián antes de marcharnos- Cómo era posible que Milord hubiese resistido con vida ocho días sin comer y sin beber dentro de la jaula - La hoja de papel que nos dieron en África al

dejar a Milord en la empresa de transportes. Decía en una línea. Que se le iba administrar un calmante, para que viajara tranquilo y durmiera. Quizá era eso que lo había hecho dormir ocho días.

De regreso a casa tuvimos problemas con los taxistas que parábamos, al ver que llevábamos un perro, nos decían que no. Tuve que pararme con uno a hablar y contarle el caso de Milord, el hombre se compadeció, y nos recomendó que el perro no se moviera de nuestros pies. Fue de esa manera cómo llegamos a casa.

Una cosa quiero dejar constancia, es que en los ocho días que Milord estuvo encerrado en la jaula de madera, estaba limpia de cualquier suciedad.

No lo hizo inmediatamente después de sacarlo de la nave. Al dejarnos el taxista, fuimos con Milord a un gran descampado que había cerca de casa, para que corriera, y allí estuvo orinando, pero normal.

Al entrar al piso empezó a ir por todas las habitaciones, inspeccionándolas, ese piso no lo conocía, todo era nuevo para él. Cuando salió a la terraza, se quedó parado mirando la longitud que había para correr. Mi ex y yo, íbamos detrás de él observando todo lo que hacía. Se puso de pie con las manos apoyadas en la valla de la terraza, mirando la vista que había enfrente, era el Tibidabo. Volvía la cabeza y nos miraba, y seguidamente la giraba mirando el panorama. Era lo más parecido a una persona en las maneras.

Una mañana paseaba yo con Milord por la calle, estábamos dando la vuelta a la manzana. Al pasar por delante de una pollería, el pollero nos vio y me dijo gritando - ¿Eso es lo que te has buscado para este verano? No le preste atención, pero hizo ver la poca educación que tenía. Esas palabras se me quedaron clavadas en el pecho.

Al llegar a casa se lo dije a mi ex. Lo detuve, pues, quería ir a partirle la cara. Y me dijo - Eso en Francia no hubiese sucedido ¿Qué clase de gente son los españoles? ¿Tan atrasados están?

De tantos años como hacía que yo faltaba de España, no recordaba las maneras de cómo trataban a los animales. Pero sí que era consciente, que el trato que en España se da a los animales, es inferior al de Francia.

Llevé a Milord al veterinario para una revisión rutinaria, y le conté este hecho. El veterinario me respondió - ¿Qué puede usted esperar de un país que no tiene vergüenza?

Llevábamos tres meses en Barcelona, mi ex, no quería seguir por más tiempo en la ciudad condal, no hablaba español, y no encontraba trabajo a causa del idioma. Decidimos volver a París, aunque en contra de mí, pues, estaba casi decidida a dejarlo. Nuestro matrimonio nunca lo había sido. Casarme con un militar que iba a todas las guerras donde lo llamaban, para mi era difícil y duro de sobrellevar. Y con el carácter tan radical que tenía, aún me hacía la vida más insoportable.

Volvimos a París, allí, no habíamos dejado nada, alquilamos un piso, y compramos muebles nuevos. Rápidamente él empezó a trabajar, también yo, pero sólo hacía cuatro horas por la mañana en un restaurante. Milord, no se podía quedar sólo, pues, le había quedado secuelas de todo lo que pasó. Cuando nos veía salir por la puerta se ponía nervioso, y ladraba, pensaba que otra vez lo íbamos a dejar. Cuando nos íbamos era por necesidad, a sitios donde Milord no podía ir.

Un día regresamos de hacer un recado, y no oíamos a Milord ladrar, todo estaba en silencio. Mi ex, introdujo la llave en la cerradura de la puerta, esta se abrió sólo un palmo, por más que hacía fuerzas empujando no se abría más. Lo más curioso era, que Milord no estaba detrás de la puerta, esperándonos. Mi ex introdujo la cabeza como pudo para ver que era lo que impedía que se abriera. Se volvió hacia mí y me dijo - Milord ha escarbado en la moqueta del pasillo, ha querido salir haciendo un agujero, y la moqueta la ha despegado del suelo, y enrollado.

Dando golpes de puerta, la moqueta se iba despegando, hasta que se hizo un hueco y pudimos entrar. Entré al comedor - salón buscando a Milord, allí no estaba, en el dormitorio tampoco, en la cocina no había rastros del él. Por último me quedaba mirar en el cuarto de baño, la puerta estaba medio abierta, detrás estaba escondido, quieto y callado. Llegué hasta él, y le pregunté bastante enfadada - ¿Porqué lo has hecho? Como respuesta se sentó en el suelo, yo le dije - ¡Ahora te quedas castigado aquí!

Cuando Milord hacía alguna travesura de las tuyas, se castigaba él sólo, antes que yo lo fuera a regañar, se metía en el cuarto de baño, y salía al rato, cuando sabía que yo lo había olvidado. Era inteligente, sólo le faltaba hablar. Conocía mis gestos, y cuando lo miraba sabía lo que le quería decir, nos entendíamos con la mirada, había mucha comunicación. Era como tener en casa, una persona muda.

A la vuelta de la esquina donde vivíamos, había un restaurante muy bueno. Admitían perros, era a éste donde siempre íbamos. Había clientes que no tenían animales, y los que los llevábamos, se quedaban debajo de la mesa acostados.

Mi ex, había hecho amistad con otro combatiente, se conocieron en una de esas guerras donde iban. Él vivía con su esposa en Lyon, en las afueras. En una casa de campo bien restaurada y con comodidades. Un día, este matrimonio nos invitó a que pasáramos un fin de semana con ellos. Yo no los conocía, y mi ex, tampoco la conocía a ella. De haberlo sabido como era ella no hubiésemos ido. Los hombres habían quedado por teléfono de vernos el viernes a la tarde, sería el marido de ella quién nos iría a esperar en su coche, a la estación de Lyon. Viajábamos en tren, por supuesto con Milord, que aunque iba acostado

debajo de nuestros asientos, pagó su billete, o sea, pagamos dos billetes y medio.

Era a finales de noviembre, y tanto en París cómo en Lyon llovía y hacía frío. Este amigo de mi ex, que no recuerdo su nombre, nos estaba esperando a la salida de la estación. Se mostró educado y amable, me causó buena impresión. Dentro del coche de camino a su casa, nos hizo algunas sugerencias, sobre Milord, y un bóxer que ellos tenían, pero nada indicaba algo raro referente a Milord, no le dimos importancia. Todo ocurrió al llegar a su casa. Estaba lloviendo a mares. Este señor entró el coche en el garaje con todos dentro, allí había un bóxer que nos vino a saludar, era cariñoso, también Milord y él se conocieron. La esposa del amigo hizo su aparición. Simplemente era una mujer sencilla, con el semblante rojo, pero risueño. Nos saludamos, y seguidamente nos invitó para que entráramos en la casa, y entrar en calor.

Milord venía a nuestro lado, y antes de entrar, ella nos indicó que Milord se tenía que quedar fuera con su perra en el garaje. Mi ex y yo, nos miramos algo desconcertados, no era eso lo que nos esperábamos, puesto que sabían que Milord venía con nosotros. Ella trataba de convencernos diciendo - Que los perros donde mejor estaban eran fuera de las casas, en el jardín y en el garaje podían correr y eran más libres. Su perra desde que la tenían, no había entrado en su casa, la podía ensuciar, y dejar las marcas de los pies por todos sitios.

Aunque le hacíamos entender que Milord no estaba acostumbrado a separarse de nosotros, le daba igual, y nos respondió marcando bien las palabras - No quiero que vuestro perro entre en mi casa.

Su marido no decía nada, permanecía junto al coche sin abrir la boca. En ese instante me vino a la

cabeza de regresar esa noche a Paris, pero los billetes los habíamos comprado de ida y vuelta para el domingo por la mañana. De seguro sabíamos que Milord no se quedaría en el garaje aunque lloviera a cántaros, o diluviara.

Tanto mi ex, como yo, íbamos quemados por dentro. Entramos en la casa sin ganas, y diciéndole a Milord, que se quedara fuera. Llevaba yo por dentro una gran congoja, tenía que hacerme la fuerte para no derramar una lágrima y mostrarme, si es que podía, tranquila y natural. Mi ex, aunque no me lo decía, lo estaba pasando tan mal como yo.

Sentados en el sofá frente a la chimenea, tomábamos los cuatro un aperitivo antes de pasar a la cena. Los ladridos de Milord se habían clavado en mis oídos, y me dolían. Seguía delante de la puerta, llorando y empapado de agua. Mi vista estaba clavada allí, no prestaba atención a lo que se hablaba, no me interesaba.

La dueña de la casa me seguía, y me dijo para tranquilizarme - ¡No le preste atención, cuando se canse, se irá con mi perra al garaje! - Yo sabía que no sería así, conocía bien a Milord, y hasta que no consiguiera estar con nosotros, no pararía, aunque le cayera toda el agua del cielo.

Antes de pasar a la mesa, nos estuvieron enseñando toda la casa, y la habitación que íbamos a ocupar. Tenía dos camas, las separaba una mesita de noche, y encima una lámpara.

Cenando, los nervios me comían de oír a Milord ladrar cada vez con más fuerza, ya no era eso sólo, estaba arañando la puerta bajo una lluvia que no cesaba, incluso parecía más fuerte. Mi ex, me tocaba la cadera para que permaneciera callada, pero esto me indignó aún más y salté diciendo - ¡No voy a permitir que Milord se quede

afuera, voy a abrirle la puerta! - La dueña de la casa dijo de mala manera - ¡Tienen al perro mal acostumbrado! - Me daba igual lo que pensara, pero Milord se iba a quedar con nosotros, todo el tiempo que estuviésemos allí. Fue mi ex, que llegó hasta la puerta y la abrió.

Recuerdo en estos instantes de la manera que entró Milord. Empapado y temblando, había dejado de ladrar pero lloraba. Yo lo esperaba de pie, para besarlo y acariciarlo, y decirle, que ya todo había terminado. Le dije a mi ex, que fuera a la habitación, y cogiera de la bolsa de viaje, una toalla para secarlo.

El suelo del salón - comedor lo había puesto perdido de agua, hasta los muebles llegó gotas, de las sacudidas que Milord hacía para quitárselas. Yo me ofrecí para limpiar los muebles y el suelo. Ella se había serenado, y me dijo con naturalidad.

- No se preocupe, ya voy yo hacerlo yo.

La cena me sentó fatal, de todas maneras, apenas cené, los nervios que tenía en el estómago me lo impedía. Estuve limpiando con ella, tanto el salón como el comedor eran grandes.

Sentados de nuevo en la mesa, ella nos preguntó donde iba a dormir Milord - Le respondí - En la habitación con nosotros - No hubo respuesta. Nos fuimos pronto a descansar, pues todo el día había sido bastante ajetreado, y habíamos pasado muchos nervios.

Milord no se separaba de nuestro lado, tenía miedo que lo volviéramos a dejar sólo. Durmió toda la noche en el suelo, encima de la alfombra que había entre las dos camas.

A la mañana siguiente había parado de llover. El suelo de fuera, estaba hecho barro, y el frío que hacía calaba los huesos. Decidimos salir con Milord por el

campo, para que corriera. Llevábamos una cuerda larga. Mi ex, la cogía de un extremo y yo del otro, poníamos la cuerda tirante, a la altura de nuestra cintura. Hacíamos que Milord saltara por encima de la cuerda. Este ejercicio se lo hacíamos casi todos los días, daba los saltos limpios, sin rozar con su pie la cuerda.

Eran casi las doce cuando regresamos a la casa de estos amigos, si es que, amigos se les puede llamar. En la comida del mediodía nos habló la dueña de la casa y nos dijo - En el terreno que tenemos fuera, hay una caravana que es nuestra. No está equipada, pues este verano no la hemos hecho servir. Para que estéis más tranquilos, y cómodos con Milord, esta noche que es la última que vais a estar aquí, es mejor que la ocupéis vosotros. Os daré mantas, creo que es, lo mejor.

Lo vimos bien, estaríamos mejor durmiendo los tres en la caravana.

Esa noche, nos invitaron a cenar a un restaurante, en Lyon. Estoy segura que lo hicieron para quedar bien. Aunque la cena la quisimos pagar nosotros, ellos se negaron.

Tampoco nosotros llegamos con las manos vacías. Les trajimos de París una caja de seis botellas de vino de Bordeaux, de una buena cosecha. No se trataba de pagarles el fin de semana que íbamos a pasar con ellos, al fin y al cabo fueron ellos quienes nos invitaron. Les hubiera agradecido que no lo hubiesen hecho, pues, jamás este hecho lo he podido alejar de mi cabeza.

Después de venir de cenar del restaurante estuvimos como una hora en casa de ellos hablando. Eran los hombres que, comentaban algunas hazañas que habían vivido en la guerra. Según lo que decían, fue mi ex, que le salvó la vida en una emboscada.

Eran aproximadamente las once de la noche cuando nos despedimos para irnos a dormir a la caravana. Nos dio ella dos mantas, que su marido llevaba en las manos, y nos acompañó hasta la caravana, para mostrarnos cómo era por dentro. Íbamos ayudados de una linterna, que nos ofrecieron, para poder ver algo dentro, pues, la noche era fría y oscura. Para nosotros era lo suficiente, con tal de que Milord estuviese bien, y durmiera tranquilo.

En medio del campo, con la lluvia que aún seguía cayendo pero más despacio, y con el barro que había fuera, que para llegar hasta la caravana nos fue difícil. Esa noche no podía conciliar el sueño, aunque estaba con mi ex, y con Milord que en caso que alguien se hubiera atrevido hacernos algo, hubiese saltado como una fiera para defendernos, mi nerviosismo e inquietud superaba todo eso, echaba de menos mi casa, y mi cama. Lo poco que dormí, fue terrible lo que soñé - La caravana estaba por dentro llena de cucarachas, que corrían por los cuatro extremos, iban ganando el lugar donde yo me encontraba, pero antes habían llegado hasta Milord, y corrían por todo su cuerpo. Me despertó la voz de mi ex, que me dijo - ¡Clara despierta! - Abrí los ojos, y todo mi cuerpo se relajó al verlo a él. Lo primero que le pregunté fue - ¿Está bien Milord? - Si, está aquí a mi lado - ¿Qué hora es? - Le pregunté - No lo sé pero todavía es de noche. Qué te ha pasado ¿Por qué llorabas? - Me preguntó - He tenido un desagradable sueño - Le dije.

Ya no me pude dormir, mi deseo era que pronto amaneciese y marcháramos. Entramos en la casa para ducharnos, y desayunar con este matrimonio. Nos despedimos de ella como si nada hubiese pasado, y agradeciéndole, la invitación que nos hicieron. El marido nos acompañó en su coche hasta la estación de Lyon.

Al día siguiente lunes, todo volvió a la normalidad. Mi ex, a su trabajo, y yo al mío. Las cosas entre nosotros iban cada vez a peor, nuestro matrimonio estaba roto totalmente. Traté de hablar con mi ex, para ver si se podía salvar, pero él, me daba negativas rotundas, de no querer saber nada. Era militar de convicciones estrictas, si decía que tal cosa era de una manera, yo no lo podía contrariar.

De cincuenta y cinco kilos que yo pesaba, llegué a quedarme en cuarenta y dos. Caminaba como un alma en pena, y todo lo hacía también igual. Tenía que terminar con todo eso, pues, de lo contrario era yo quien acabaría por enfermar.

En Francia no tenía familia, la de mi ex, lo eran para mí, pero, no podía recurrir a ellos, debido al carácter violento de él. Ellos sabían lo que estaba ocurriendo pero, no se atrevían a abrir la boca.

Milord se daba cuenta de lo que estaba sucediendo, y al igual que antes era un perro alegre y feliz, ahora estaba siempre triste, se quedaba horas acostado en su sitio, y cuando venía a mí, ponía su cabeza encima de mis rodillas para que yo lo acariciara. Era como si él tuviese más necesidad que yo de sentir unas manos que lo acariciara, y palabras tiernas.

Yo no podía por más tiempo vivir de esa manera, me estaba muriendo lentamente y tenía que ponerle fin a tanto sufrimiento. Tenía claro que nuestro fin era la separación, y lo más pronto posible por mi bien. Cada día

lloraba abrazada a Milord, un día no muy lejano dejaría de verlo, de acariciarlo, de hablarle, y de hacer largos paseos con él. Pues, tenía decidido venirme a España, concretamente a Barcelona, donde podía reunirme con mi madre y mis hermanas. Lo necesitaba lo más pronto posible. Milord tendría que quedarse con mi ex, estaría bien, puesto que él, lo quería, y lo cuidaría. Yo me llevaría un dolor muy grande. Fui yo quien lo crié, quien le dio cariño, e hice de madre. Milord sabía que yo me iba a ir, los animales tienen un sexto sentido muy desarrollado, y de lejos ven lo que va a ocurrir y donde, no se equivocan.

La última noche que pasé allí, vino Milord a mi cama, subió en ella, y se acostó pegado a mí. Yo me pase toda la noche llorando, y recordando la primera noche que Milord pasó en casa. Era pequeñito, dulce y muy juguetón. Sabía de antemano que esa sería la última noche que estaría con él.

¡Tanto como yo había luchado para sacarlo de todo! Parecía que estuviese soñando una pesadilla, y que pronto iba a despertar.

A la mañana siguiente, a las siete, mi ex se iba a su trabajo. Vino a despedirse de mí, me dio un beso en la mejilla, y me deseó suerte. También me dijo, que se llevaría a Milord a su trabajo, para que no me viese partir. Se lo agradecí, pues, me imagino lo que hubiese sucedido. Ya me iba con el corazón roto, no sé si hubiera soportado dejar a Milord, y lo que es peor, llorando de ver cómo me marchaba con la maleta en la mano.

Hay tantas cosas que no he escrito sobre Milord, son muchas, y tendría que ser un libro muy extenso, pero lo más importante lo he podido escribir, pensaba que no podría, son muchas veces las que me he puesto, y he tenido que parar, mis lágrimas mojaban el papel, y llegaba

a escribir como máximo, dos páginas. A Milord, lo seguiré queriendo hasta el último día de mi existencia. Al igual que a todos los animales que han llegado a mi vida, que han sido muchos, y que a continuación seguiré escribiendo para ellos. Aunque ya no están conmigo, los llevo a todos en mi corazón.

De Milord, ya tengo poco que contar, pues, al mes de venirme, mi ex, me llamó por teléfono a casa de mi madre. Quería saber cuando iba yo a volver, pues, Milord, todo ese tiempo que hacía que yo faltaba, me esperaba cada día acostado detrás de la puerta de entrada. No pude estar mucho hablando con él, para que no notara que yo estaba llorando. Si volvía, era para seguir con la misma vida, y no estaba dispuesta a que él, terminara con mi salud.

De esto, hace ya veintiún años. Nunca más supe de Milord, pero estoy segura que está en el cielo, y cuando yo me vaya, nos veremos allí.

Pasé mil fatigas hasta encontrar mi estabilidad, la que siempre buscaba y nunca podía hallar. Y me estoy refiriendo a la espiritualidad, a todo lo místico que me rodeaba y sigue haciéndolo en mi vida, es todo lo que me espera al final de ella. Lo mágico con la madre naturaleza, han sido mis pilares, el obelisco en el que siempre me he apoyado.

En 1985 conocí un grupo de personas que buscaban a Dios en su creación, o sea, en las plantas, en las flores, en los árboles, los minerales, en el sol, en la luna y las estrellas, y como no, en los animales. Desde que yo era niña empecé en esta búsqueda. Mi apoyo era Jesús. Hacía altares con sus imágenes, y con él me casaba. Eran juegos de niña de ocho y nueve años. Aunque la iglesia no es mi fuerte, siempre he pensado que Dios es una cosa, y la iglesia otra, y no lo tengo que confundir. Pero lo que si es cierto y hay pruebas que lo muestran es que Jesucristo nació y murió en la tierra, y es a él, al que yo sigo desde que nací.

No voy a seguir hablando más de este tema, puesto que no es un libro de religión lo que estoy escribiendo. Lo que quiero recordar es a todos mis animales que han vivido conmigo, y que han colmado mi vida.

Este grupo de personas y yo, trabajábamos para la madre naturaleza. Íbamos a echar semillas a donde no las había. Andábamos por los campos hablándole a las flores,

a las mariposas, a los pájaros que se paraban junto a nosotros. Le cantábamos a los ríos, a los peces. A todo lo que tiene vida, y está hecho con la mano de Dios.

En esta época, yo vivía sola, no tenía animales. En julio de 1989 hice el camino de Santiago con otro compañero, quería saber qué se sentía.

Dejé las llaves del pequeño ático donde yo vivía de alquiler, a otros compañeros, para que regaran las macetas de flores que tenía en la terraza.

De regreso a Barcelona, estos compañeros me esperaban en mi casa. Querían saber, cómo habíamos hecho el viaje, y todo lo que nos encontramos. En la terraza me esperaba una gran sorpresa, nunca me podía suponer qué era.

Una compañera me llamaba para que fuera a la terraza, su marido que era el que había salido a recibirme, me dijo - Sal fuera, Rosa te está esperando. No comprendí porqué lo hacía y hasta incluso lo encontré extraño, pero obedecí, e hice lo que me decía. Rosa estaba de espaldas a mí, también lo encontré raro, pero antes que yo llegase a ella, se dio la vuelta, y entre sus brazos acurrucaba a un perrito cachorro. Yo al verlo me llevé las manos a la cara, y llena de emoción le pregunté - ¿Para quién es? - Para ti - Me respondió ella. Tiene dos meses y medio, y hace algunos que le habíamos dicho a la dueña de la madre, que nos reservara uno. No hemos querido decirte nada, para que fuera una sorpresa.

En ese instante parecía que estuviese aturdida. Recuerdo, que me vino a la mente Milord. Yo que no pensaba que otro perro entrara en mi vida, por lo mal que lo pasé con Milord, y los recuerdos que me traía. Ahora tenía en mis brazos a un cachorrito de mezcla yorkshire, de un color casi dorado, con una carita que daba ganas de

comérsela a besos, y con esas orejitas tan graciosas que le caían hacia adelante. Su contacto era tierno, y su pelito suave como la seda. Le puse de nombre Miel, por su color, tanto del pelo como el de los ojos.

Ya no me encontraba sola, con miel hablaba y reía. Al ser todavía un bebe dormía mucho, y yo, para sentirlo más cerca, lo colocaba en mi regazo, y así estábamos, una y dos horas, hasta que se cansaba, y me pedía que lo bajara.

Los compañeros y compañeras lo querían mucho, incluso aunque esté mal decirlo, era el juguete de todos, los mimos eran para él. Siempre que salíamos a la naturaleza, Miel venía con nosotros, disfrutaba en el campo corriendo y saltando, parecía un loquillo.

Había una compañera que tenía una perrita de raza Sitshu tibetano, la había llevado alguna vez a casa. Tenía más años que miel, él había cumplido dos años, y le gustaba mucho Cora, la perrita, también ella buscaba a miel. Un día comentamos, que Miel y Cora podrían copular, pues, Cora no había sido madre, era bueno para ella que tuviera cachorros, también lo sería para miel.

Esta compañera puso al principio algún impedimento, pues, Cora era pura raza, y miel, mestizo. Los cachorros que nacieran, también serían mestizos. Para mí eso, no tenía importancia, lo importante era que tanto Miel cómo Cora se buscaban, y si ellos se querían ¿Porqué no los íbamos a dejar? Pero en el piso no quería yo que fuera, era poco romántico para dos seres de la naturaleza. Y se decidió, ir al campo, y dejar que se buscaran Miel y Cora, era eso lo que ellos estaban esperando, encontrarse solos.

Estuvimos vigilando desde una distancia. Los acercamientos entre Miel y Cora, hasta que por fin, ese

preludio de amor se hizo. Desde ese instante, no se querían separar, de regreso a casa iban los dos en el coche juntos, uno al lado del otro. Era como si se hubiesen casado, pero cuando llegamos a casa, Miel se quedaría allí, y Cora marcharía con Luisa, que era su dueña.

Creo que habíamos cumplido con algo que era necesario para Miel y Cora. Ahora había que esperar 63 días para que nacieran los cachorros y conocerlos.

Miel, después que hubiese probado con Cora, pedía hembra de una manera desmesurada. Habían muchas noches que no me dejaba dormir, su cama la había hecho debajo de la mía y se pasaba casi toda la noche aullando. Cuando yo le decía, que se callara, se mostraba agresivo conmigo, me gruñía. Esta primera temporada, la pasé muy mal, no sabía qué hacer con él. Hablé con el veterinario, y le conté, de qué manera se comportaba. Me recomendó la castración. Me negué esta vez que me lo propuso, pues, pensé, que debía haber otra solución menos drástica. Cuando se le pasaba volvía a la normalidad, y era un perrito cariñoso y encantador, que le afectaba todo lo malo que a mí me ocurriese.

Tuve una pequeña infección en la boca, muy dolorosa, los antibióticos no me calmaban el dolor, y me pasaba una gran parte de la noche andando por el pasillo del ático. Miel, no se separaba de mí, y caminaba a mi lado. Me daba cuenta de que sufría de oírme cómo me quejaba de dolor. Andaba a mis pies, con su cabecita levantada y mirándome. Me sentaba ya cansada, y Miel, no hacía lo de dar un salto para quedarse en mi regazo como otras veces. Para no molestarme, se acostaba a mis pies, pero siempre con la retaguardia de estar pendiente de mí. Hacía que dormía, pero no. De esa manera nos

pasamos bastantes días y noches, hasta que la infección se fue.

Llegó el día que Cora parió tres bolsitas. Era por la mañana y se encontraba sola, su dueña había tenido que ausentarse. Cora, no veía bien. Su dueña, o sea Luisa, hacía años atrás, la encontró en la calle abandonada, no antes sin haberle dado una paliza. Los ojos los tenía muy mal, y la dejaron casi sin vista. Gracias a Luisa que la llevó rápidamente al veterinario, pudieron salvarle algo de visión.

En el momento que parió Cora, ella fue mordiendo cada bolsita, pero la tercera, la tenía a medio abrir, y el cachorrito, muerto dentro. Dos eran los que estaban con vida, un macho, y una hembra. El macho que era un tragón, ocupaba todos los pezones del vientre de su madre. La hembra, era muy tímida y apocada, apenas mamaba leche de su madre, y Luisa, le tuvo que criar con biberón.

Eran dos cachorros de lo más bonito. Triguëño, que era el macho, tenía el pelo blanco, con algunos dibujos marrones, la cara blanca, y las orejitas marrones. La hembra, todo su pelo era plateado, de un tono oscuro, y le puse de nombre, Canela, pero la llamábamos Cani.

Luisa traía a casa de vez en cuando, para que yo viera, a Cora, y sus dos cachorros. Cora no se separaba de ellos, e iba rápidamente a olerlos cuando los cogíamos en brazos. Pienso yo, que lo hacía para comprobar que estaban bien. El comportamiento de miel hizo un cambio negativo, cuando empezaron a venir perritos a casa. No los soportaba, y se pasaba todo el rato que duraba la visita, debajo de mi asiento. Se volvió quisquilloso, y poco sociable. Todo empeoró aún más, un día que salíamos al campo.

Era una bonita mañana del mes de Junio de 1992. Habíamos salido al campo en coche, un compañero, Miel y yo. La idea era de tomar el aire, estar con la naturaleza, y que Miel corriera. Habíamos cogido una carretera estrecha de campo donde habían creído recordar dos masías construidas de piedra. El coche iba a poca velocidad, nos íbamos recreando en las flores que había en los laterales de la estrecha carretera. De súbito, vimos, que del lateral izquierdo, salían de entre la hierba, cinco cachorros, iban en fila, al encuentro del coche. Al verlos, el compañero paró. Bajamos, y fuimos al encuentro de los cinco cachorros, que ya habían alcanzado el vehículo, y se habían metido debajo, menos uno, que se quedó a mis pies. Era una hembra blanca, con algunas manchas marrón claro. Parecía que fuera de terciopelo, sus otros hermanos, y una hermana, no se parecían nada a ella, pues, tenían el pelo, marrón oscuro, y también eran preciosos.

No podíamos dejarlos en la carretera, y los subimos al coche. Seguimos despacio, y nos paramos en la primera masía para preguntar si eran de allí los cachorros. No, nos respondieron, pues hacía dos días que un señor había ido diciendo lo mismo. Nos paramos en la siguiente masía, y nos respondieron que esos cachorros llevaban días perdidos.

No teníamos la sangre fría de dejarlos en el campo, y nos los trajimos a casa. Al día siguiente cada cachorro había encontrado una familia. Yo me quedé con la hembra que se había quedado a mis pies, y que le puse

de nombre, Campanita. Me hacía recordar a las campanas cuando repicaban de alegría, por el nacimiento de Jesús, o porque Jesús había resucitado.

Luisa aunque en esos momentos tenía tres, quiso quedarse con una hembra. Le puse de nombre, Malva, porque era una perrita muy buena y dulce. A los demás cachorros también les puse yo el nombre, porque los dueños me lo pidieron. Siempre he buscado nombres de flores para los animales. Otra hembra se llamó savia. Murió pronto, creo que tenía año y medio, fue atropellada por un coche. Otro macho, se llamaba Romero, también tenía aproximadamente un año y medio, cuando un día su dueño lo llevó a la montaña, como hacía cada día, y un día, Romero se fue, no se sabe donde, y jamás apareció. Lo estuvimos buscando varios días por Barcelona y sus alrededores, pusimos por muchos sitios su foto, y un teléfono. Pero de nada sirvió.

El quinto macho se llamaba Lucero, él, fue a vivir con la pareja que me regalaron a Miel, y estuvo con ellos hasta el final.

Los cinco cachorros se llevaron al veterinario, y les echó, dos meses y medio aproximadamente cuando los encontramos.

Campanita era una delicia de perra, pero muy inquieta, nerviosa, y devoradora de todo lo que podía alcanzar. En la terraza tenía yo un rosal, de tronco grueso, espinas de dos centímetros. Le gustaba el rosal, el tronco se lo comía con espinas incluidas. Las flores que le gustaban también las comía. Pedí que pusieran una alambrada, para que no tuviera acceso a las plantas. Todo era en vano, se introducía por debajo de la alambrada o la saltaba, hasta que me dejó sin rosal, y sin otras plantas. Por mucho que le regañara o la castigara, no hacía caso,

era más fuerte que ella. El espíritu que tenía era muy inquieto, la energía la tenía que sacar de algún modo, tenía mucha, pero muy buena.

Miel, era cada vez más arisco, no se dejaba tocar por nadie, ni siquiera por mí, nos gruñía a todos. Y aún se mostraba peor cuando reuníamos en casa a todos los demás perritos, ese día se escondía, y no salía, no quería jugar con ninguno, a todos les daba de lado. Tampoco podía recibir a nadie en casa, ladraba como un desesperado. Padecí mucho con Miel, puede que fuera culpa mía, pero yo no sé en qué pude fallar. A veces pienso que su comportamiento fuera debido a que estaba sólo, y lo tenía muy mimado, y al ver que mi cariño iba para todos, no lo soportaba, y se apartó hasta de mí. Se volvió agresivo, yo que tanto lo había tenido en mis brazos, ahora ya no lo podía coger, si hacía el intento, se apartaba, y si conseguía cogerlo, no estaba ni cinco minutos, rápidamente daba un salto, y se iba al suelo.

Dormía a los pies de mi cama, pero desde hacía un tiempo había encontrado otro sitio, debajo de la cama. Pedía todas las noches hembra, era como una obsesión que lo devoraba. Hablé de nuevo con el veterinario, y le expuse lo que seguía sucediendo con Miel. Definitivamente dijo, que lo mejor era castrarlo. No es que se le fuera esa manía inmediatamente, pues, era un proceso.

Me dio día y hora para practicarle la operación. Era por la tarde, lo llevaron dos compañeros. Yo no quise ir, preferí quedarme, para no tener que esperar con ansiedad y nerviosismo el transcurso de la intervención.

A eso de las seis de la tarde, sonó el teléfono, lo descolgué. Oí la voz apagada de uno de los compañeros que habían llevado a Miel, me dijo - Miel, nos ha dejado.

Comprendí al instante qué quiso decirme, pero yo insistí - ¿Qué quieres decir? - Oí como tragaba saliva y se aclaraba la voz - Que Miel, se nos ha ido para siempre - dijo. No se ha despertado de la anestesia. Yo me encendí, sin poder creer lo que estaba oyendo. Dos horas antes me había despedido de Miel, deseando que la pesadilla que él y yo vivíamos, terminara pronto, tenía una pena profunda que era imposible de parar. Me puse inmediatamente en comunicación con el veterinario para que me diera una explicación. Él sólo hacía que repetirme, que me proporcionaría otro perrito. Le respondí con un grito - ¡No quiero otro perrito, quiero el mío! - Y seguí diciéndole - ¡Entrega a Miel, a estos dos chicos que lo han llevado, quiero verlo! - Él trataba de no perder la calma y me respondió - El perro se tiene que quedar aquí, y pasará a la incineración.

Aquí, me di cuenta lo mucho que yo quería a Miel. Salió de mi todo lo salvaje que llevamos dentro, y con voz desesperada le respondí - ¡Voy rápidamente a traérmelo! - No se lo vamos a dar - Me respondió - Y con más rabia y certeza le respondí - ¡Voy para allá, te romperé todo, no te dejaré una vitrina en pie! - Oí la voz del veterinario que dijo - Tranquilícese, haré eso que me pide, le daré el perrito a estos chicos - Yo le respondí todavía indignada - No se te va a pagar nada, has matado a mi perro, no esperes cobrar.

Al rato, me traían a Miel, envuelto en una mantita. Pedí, que me lo pusieran en los brazos. Lo sentía cerca, pegado a mi pecho. Ahora lo podía besar, sin que gruñera, y lo podía también apretar, y sentir su cuerpecito de cinco kilos.

Una semana después, me arrepentí de no haberlo incinerado, pero yo por mi cuenta.

Al día siguiente de morir Miel, estos dos compañeros y yo, cogimos el coche, con miel dentro. Llegamos al campo, donde habíamos encontrado a los cinco cachorros un año antes. Elegimos un buen sitio para enterrar a Miel. Los dos compañeros cavaron la tierra, hasta hacer un agujero para meter a Miel. Lo dejamos todo bien tapado, y nos fuimos. Al cabo de una semana volvimos para verificar que todo seguía bien. La sorpresa que nos llevamos fue tremenda. El cuerpo de Miel, se había hinchado de tal manera, que rompió la superficie de la tierra, su cuerpo estaba casi fuera, rodeado de moscas gordas comiéndose la carne putrefacta. Desprendía un olor, que casi era difícil acercarse. Rápidamente, estos dos compañeros se pusieron manos a la obra, e hicieron otro agujero más profundo, a unos diez metros de distancia. Se le volvió a enterrar, y para asegurarnos que su cuerpo no volvería a salir, se buscó por los alrededores una piedra bastante grande como para que cubriera el sitio del agujero.

Ese día fue traumático para mí, no me lo podía quitar de la cabeza. A la semana siguiente volvimos a ir. Llevaba en mi estómago un puñado de nervios, y el miedo de volver a verlo fuera. Pero seguía tal como lo habíamos dejado. Regresé a casa más tranquila.

Dos días después hubo tormentas, y llovió mucho. Después de estas lloviznas volvimos a ir, y todo seguía igual. Pero nos encontramos con otro drama. Cerca del camino había un perro mezcla de pastor alemán. Las lluvias le habían cogido allí. Al vernos, se puso contento, y nos mostraba un hueso más bien pequeño, que para él era un tesoro. Al acercarnos vimos en la tierra un agujero que él había hecho, y que le servía de cama. Lo habían abandonado, al destino de su suerte. Los huesos de las

caderas los tenía salientes, las costillas, se le marcaban, los codos los tenía despellejados de estar durmiendo en tierra mojada.

Decidimos llevárnoslo a casa, para lavarlo, y darle de comer. No podíamos quedárnoslo, pues, eran muchos los que teníamos viviendo en pisos, y había que encontrar una solución. Se le lavó bien, y le puse un kilo de pienso, del que comían mis otros perros. Comía con ansiedad, y le duró el pienso diez minutos.

Me causa pena pensarlo, estaba muy contento en una casa, y con una familia, corría por todo el piso, salía a la terraza, y se ponía de pie en la baranda, para mirar lo que había fuera. Estaba seguro que se iba a quedar allí, nos hacía mil fiestas. A la tarde de ese mismo día, decidimos llevarlo al albergue que hay en Tarragona. Había que pagar una cantidad de dinero para cubrir los gastos del veterinario. Dimos ese dinero con mucho gusto.

Pasados tres días, llamé por teléfono al albergue para preguntar por el perro. La persona encargada me dijo, que estaba bien, que comía bastante y se estaba recuperando.

A la semana siguiente volví a llamar. Me dijeron, que muchos de los perros que allí llevaban, encontraban una familia, y hacía dos días, llegó un matrimonio de Barcelona buscando un perro, y se quedaron con el que nosotros llevamos.

Di gracias a Dios, y a la madre naturaleza.

Con sólo dos meses me quedé con Canela, o sea con Cani, hija de Miel, todavía él no había muerto, y vivió con ella un tiempo. Tenía tres en casa, Campanita, Miel y Cani. Había un compañero que vivía en el piso de abajo, él me ayudaba con los tres. Pero pronto, serían cuatro, pues, en el trabajo de este compañero, una de las empleadas le

comentó, que tenía una perra de nueve meses, y la iba a llevar a la perrera, pues, la habían cogido con dos meses, porque a sus niños les gustaba. Los niños le hacían mucho padecer a la perra, y un día les mordió.

Este compañero me preguntó, si me la podía quedar, él la había visto, y le daba pena que tan pequeña fuera a la perrera. Le dije que la llevara a casa. Al día siguiente cuando la trajo, mostró ser algo arisca, los niños con los que vivió, la hacían rabiarse, y le pegaban. Linda, que era como se llamaba, su desconfianza hacia los humanos era grande, se enrabiaba nada más ver a alguien que no conocía. Pensé, que este trauma se le iría yendo cuando viviera en casa con los demás perritos.

Linda era de pelo negro, con muy poquita cola, pesaba nueve kilos. Era cariñosa, y muy buena, pero siempre estaba al desquite, por si había alguien que le quisiera hacer daño.

Se encariñó con Cani, eran como hermanas, dormían en la misma cama con los cuerpecitos pegados. Jugaban mucho, y se querían como si hubiesen nacido de la misma madre. Cuando íbamos al campo, corrían juntas. Se enrabiaban también entre ellas, y la que tenía que llevar siempre la razón, era Cani, pues, mandaba en su terreno. También pesaba cinco kilos, como Miel, su padre. Cani era la más mandona de las tres, tenía que sobresalir por encima de Campanita, ella que pesaba 15 kilos, tenía que amoldarse a lo que Cani pusiera de ley. Llevaba todo el mando a su favor, aunque también tengo que decir, que las tres se llevaban muy bien, y que una defendía a la otra. En los paseos que le dábamos al día, si había un perro que se acercaba a una de ellas para conocerla, rápidamente acudían las otras dos, preguntándole al desconocido, qué

era lo que quería. Si no les gustaba la respuesta, lo echaban, era Cani que se quedaba ladrándole mirando cómo se alejaba. Era la que mandaba. Pero la madre, la que se sentía realmente maternal, era Campanita. Cani y Linda se acostaban encima de ella, nunca replicaba, ni se movía para no molestarlas. Campanita era mi gran delirio. Es que parecía que no fuera una perra, sino un ser humano, su comportamiento era el de una persona. Cuando cantábamos los compañeros y compañeras, había una canción que le gustaba, y cantaba con nosotros, se entiende por cantar, a su modo. Mientras lo hacía nos miraba, y en particular a mi, con su mirada me decía - ¿Lo estoy haciendo bien? - Era especial, quizá fuera por eso que era inagotable, no se cansaba nunca de hacer trastadas. Había veces, que me ponía mal de los nervios, hasta el punto de querer que se fuera de mi lado, Cuando no podía más porque era insostenible, hacia lo siguiente para tranquilizarme. Le pedía al compañero que vivía debajo de mi piso, que se la llevara en el coche, y preguntara por las masías si la querían. Yo sabía que eso no iba a ocurrir, porque Campanita había nacido para estar a mi lado. Era una manera de evadirme, y descansar un rato. Pero si acaso había alguien que podría decir de quedársela, yo pedía Dios -Dios mío que nadie la quiera, y que vuelva otra vez a mí - A las tres horas volvía el compañero con ella, diciendo - No la quieren, dicen que tienen un perro, estaba allí, yo lo vi - Campanita daba un salto y se sentaba en el sillón que estuviera desocupado. Bostezaba, y me miraba, como queriéndome decir - Qué bien estoy aquí ya en casa.

Eran momentos los que yo estaba pasando muy difíciles. También Campanita era de campo, quien la conocía, decía que era una perra cazadora, su energía la

tenía comprimida de estar viviendo en un piso, que aunque tuviese terraza, no dejaba de ser un piso, y para un perro de campo, es como tenerlo en la cárcel. Estuvo haciéndome estragos hasta que cumplió los tres años. Cuando no tenía nada que hacer, y se aburría, salía a la terraza, se ponía de pie sujetándose con las manos en la baranda, miraba quién había en la calle, y como hubiese alguien hablando, les ladraba. Volvía dentro y me buscaba, me miraba como queriéndome decir - Les he regañado a esos que están hablando, tienen formado un lío espantoso - Yo le decía - Vuelve a regañarles otra vez - Volvía a la terraza, y seguía ladrándole a la gente que pasaba. Era un desahogo para ella.

Hay muchas cosas que no contaré de Campanita, porque son muchas, y algunas ya no recuerdo. Una noche soñé con ella, estaba bellísima, ella me hablaba, y me dijo-Te doy las gracias por haberme tratado como una humana. Al despertarme, me dio en qué pensar, ese día por la tarde tenía visita con el veterinario, para que le cortara los espolones. Pues a punto estuvo. Le cortó una vena, y la hemorragia siguió después, tardó en cortársela, y todo quedó en un susto.

Cani y Linda, las dos confidentes, pues, todo se lo comunicaba la una a la otra. Ellas dos eran las que llevaban todos los va y vienes que ocurrían en casa. De antemano sabían lo que yo iba hacer, las dos me miraban lloriqueando a mí alrededor pidiéndome algo que yo había mencionado, y hasta que no se lo daba, no paraban. Conocían todas las palabras, el nombre de las cosas.

El día que yo hacía arroz con pollo, lo sabían las tres, antes de que yo entrara en la cocina, ya se

ponían ellas haciendo guardia ¿Quién les decía que ese día era domingo? Cada vez les sacaba un plato para cada una, cada domingo comían paella. Pero ¿Cómo sabían que ese día tocaba comer arroz? Todavía no he podido medir la inteligencia de los perros, pues, escapa a la mía. Siempre he pensado, y creo estar en lo cierto, que Dios no les dio habla a los animales, o la madre naturaleza, para que no desvelaran el secreto de todas las cosas. Y también tengo por seguro, que muchas veces cuando un perro se dirige ladrando a uno de los miembros de la familia donde vive, le está diciendo cómo fue el nacimiento del Universo, y el nacimiento que hay tan escondido de nuestra existencia.

Me considero amante de los animales de todos los animales. Ahora me voy a desviar un poco del tema, pero después continuaré.

De Barcelona fui a vivir a un pueblo de la ciudad Condal, Viladecavalls, con mis tres perras. Era una casa de tres pisos, yo no necesitaba todo ese espacio, lo que pasó, era que buscaba un sitio tranquilo, y encontré esa casa de un alquiler muy razonable. Tenía tres terrazas, una en cada piso, en el segundo era donde me había quedado, con campanita, Linda y Cani, ese tenía chimenea, y los otros no. En esa terraza vivía una gata con sus cuatro gatitos pequeños, eran preciosos, y me causaba mucha pena de oírlos maullar, pidiéndole a la madre que les diera de comer. Yo les hacía cada día comida caliente, se comían todo lo que les hacía. Un día pescado y arroz, otro día carne y arroz o pasta. Hasta los más pequeños lo comían. Me encariñé con uno de los pequeños, porque era muy bueno y cariñoso. Era el único que se dejaba que yo lo cogiera, lo mantenía en mis manos como una bolita, pero la madre no tardaba en llegar para que lo depositaran en el suelo, y yo respetaba sus deseos. Los otros tres pequeños no dejaban que me acercara a ellos, se iban huyendo, la madre tampoco se dejaba, eran salvajes, a excepto del que yo podía coger y acariciar. Le puse de nombre, Rupertito. A los otros no les di ningún nombre, pues, sólo se acercaban a mi cuando les sacaba a la terraza

dos platos grandes de comida, después, no querían saber nada de mí.

Rupertito era un encanto, juguetón y cariñoso, era el único que entraba en casa, mis perras no decían nada, les gustaba incluso que estuviera a ratos dentro, y cuando salía era porque él lo pedía o, su madre arañaba la puerta de la terraza para que lo sacara.

Un día que salí a ponerles los platos de comida, me fijé en Rupertito, pues, se le notaba bastante en el cuello, un bulto, era como una nuez de grande - ¡Pobrecito! - Pensé - Era el más bueno y precisamente a él, le estaba sucediendo algo que para mi era desconocido. No podía dejarlo así, pues, no se había acercado a los platos de comida. Un día antes, había visto que su madre le lamía el cuello, pensé que lo estaba acariciando, y cuando le vi el flemón comprendí porque su madre lo lamía. Había que quitarle ese mal que tenía. Era invierno, yo tenía gripe, y estaba tomando por orden facultativa clamoxyl 700. No dudé en hacerlo, y tenía que actuar rápidamente, e hice lo primero que me vino a la mente. Cogí a Rupertito y lo entré en casa, puse en un platito una latita de atún desmigado, y mezclé, un cuarto de clamoxyl hecho polvo. Rupertito se lo comió todo, y lamió el plato. Tres veces al día hice ese proceso, y al día siguiente, se reventó el flemón. Al cabo de tres días se puso bien.

Ahí aprendí a luchar con los gatos. Pues, cada día venían a la hora que sabían que yo ponía comida, dos gatos rubios, grandes y cabezones, eran lo más parecido a dos tigres, hartos de haber comido, pues, estaban muy gordos. Intimidaban a la gata para que les dejaran la comida a ellos. La gata se iba a cobijar

con sus gatitos, a un rincón, y ahí permanecían hasta que los dos gatos grandes terminaban los platos. Ese día volví hacer más comida para la gata y sus gatitos. Los dos gatos grandes estaban al acecho, y volvieron hacer el mismo gesto con la gata, pero esta vez, iniciaron una pelea entre los dos gatos grandes. Uno quería comerse el plato del otro, la pelea que tuvieron era a muerte si no intervengo. Subí al piso de arriba, allí había una manguera, la abrí a fondo y la dirigí hacia abajo. En el momento que los estaba mojando, salieron disparados corriendo a cobijarse, se escondieron detrás de unas chimeneas, yo los veía asomar la cabeza para observarme. A partir de ese día no se acercaban para comer, pues cuando yo ponía la comida a la gata y a sus gatitos, me quedaba de pie mirando en la terraza de arriba. Yo los seguía viendo cada día, pues, trataban de acercarse para conseguir comerse la comida que había puesto, pero cuando me veían con la manguera en las manos, se iba a trote. Parecían tigres de lo grandes que eran, a mí de cerca me imponían. Campanita que era grande y fuerte entró rápidamente a casa, en una de estas ocasiones que habían emprendido una pelea, se quedaba a mi lado observando cómo se tiraba el uno al otro, era una pelea de dos fieras, yo sentía pena por la gata y sus gatitos, que cuando sucedía eso, se cobijaba con sus pequeños en un rincón de la terraza. Pero todo acabó cuando descubrí la manguera.

En el tejado de al lado, había otra gata con su gatito, la madre estaba enferma, hacía días que no se movía de donde estaba. Ella era color pardo, y su gatito o gatita también. A los pocos días, la madre murió, el vecino de esa casa la quitó del tejado. El

gatito se quedó sólo, era tímido y desconfiado, no se acercaba más de donde estaba. Yo estaba segura de que iba a morir de hambre. De la terraza de arriba le echaba pienso para que comiera, y le daba confianza para que se acercara a mi terraza, y viviera y comiera con la gata y sus pequeños. Estaba segura que la gata lo aceptaría. Tardó como unos quince días en decidirse a pasar la vaya, cada día lo iba haciendo trocito a trocito, hasta que un día vi que comía con la otra gata y sus pequeños, se quedó a vivir allí.

De esa casa me tuve que ir, resultó ser muy ruidosa, y no voy a decir en qué, aparte, era muy fría, y mucha casa para mí y mis tres perras. El único que me daba pena dejar, era Rupertito, aunque estaba encariñado conmigo, no quería separarse de su madre y sus hermanos. El día que me iba, les dejé bastante pienso, para que les durara.

Después fui a vivir a Cardedeu, en una casa antigua de tres plantas, ocupábamos la segunda. También era grande y destartalada, con los techos muy altos y con vigas, el frío en invierno era espantoso.

Se compró una estufa de gas-oil, para que calentara algo la estancia. Tenía cuatro habitaciones grandiosas, una galería también grande, el comedor que no se quedaba atrás, con una terraza que se podía bailar, por lo ancha y larga que era. Nos quedamos con ese piso por la terraza tan espaciosa que tenía, mis tres perras podrían correr si les apetecían. No me quedaba con un piso que no tuviese terraza, pensando en Campanita, Cani y Linda.

En Cardedeu conocimos a dos señoras que cada tarde paseaban a sus perros. Un día nos paramos a

hablar con ellas y nos dijeron que eran de la protectora de animales de allí de Cardedeu. Nos animaron para que nosotros también lo fuéramos. Quedamos en vernos días después para rellenar un formulario. Al día siguiente éramos miembros de la protectora.

Un día iba yo por la calle y vi a una paloma que estaba quieta en un rincón de una puerta, el ala derecha le arrastraba en el suelo. La cogí, y la llevé a casa, la dejé en la gran galería, le puse un recipiente con arroz en grano, y en otro agua. A los dos meses se recuperó de la lesión en el ala, la cogí y la llevé a la terraza, la eché a volar, y quedo en el tejado de la casa que había al lado, y que era más alto. El ave hacía un par de días que volaba por el alto techo, se daba golpes con los cristales de los grandes ventanales, entonces comprendí, que era el momento de soltarla, y que volara en libertad.

Meses más tarde, me volví a encontrar con otra paloma, era blanca y jovencita, se había quedado acurrucada en un rincón de una acera. Tenía la cola cortada, las alas también, era lo más parecido a un pollito. Se dejó que la cogiera, de todas maneras, no podía volar, alguien le había cortado las alas y la cola. Como estábamos en pleno invierno y hacía frío, no quise dejarla en la gran galería, y como había habitaciones que nos sobraban, dejé una para ella. En la ventana se puso una tela metálica, pues por la terraza, había veces que entraba un gato, después resultó ser de los vecinos del piso de arriba.

A las aves, siempre le he dado arroz seco, les gusta mucho. Blanquita que era como yo la llamaba, se había adaptado a la habitación, comía bien, y tenía

un recipiente donde se bañaba cada día. A los once meses de tenerla en casa, echó plumas nuevas, tanto de las alas como de la cola. Cuando vi que buscaba salir por la ventana, y volaba por el techo, la metí en una bolsa de plástico, y con el coche fuimos a Barcelona. La solté en la plaza Cataluña, voló hasta una de las estatuas, y allí se quedó. Pasado un mes, volvimos al lugar, para ver si estaba. En la plaza Cataluña hay muchas palomas, pero ninguna tan blanca como la blanquita. Seguro que de allí se fue a otro lugar, al que le correspondía.

En navidad de ese año compre un periquito. Le puse de nombre Noel, que en francés quiere decir navidad. Era gris y muy cariñoso, siempre tenía ganas de jugar y de silbar, nada más que me acercaba a la jaula, jugaba, y me buscaba para que no parara el juego. Yo me entretenía mucho con él.

Tres meses después, en el mes de abril, empezó a enfermar. Dejó de silbar, me acercaba a la jaula, y no se inmutaba, comía muy poco. A finales del mes de abril murió en mis manos. Sabía que le quedaba poco de vida, desconocía la razón de su enfermedad. A la mañana siguiente, fuimos a enterrarlo al campo.

Habían pasado quince días de la muerte del periquito, y empezamos a notar un olor extraña, que impedía que respiráramos bien. Era la estufa de keroseno que habíamos comprado para calentarnos, nos deshicimos de ese aparato, y comprendí, que Noel había muerto por asfixia.

Casi todas las tardes cuando paseábamos con Campanita, Linda y Cani, nos encontrábamos con las dos señoras que dirigían la protectora de animales. Una de ellas, echaba todos los días pienso a los gatos.

Al lado de ella había dos palomas que se iban acercando para coger unos granos del diminuto pienso. Esta mujer empezó a darles patadas a las palomas para que se fueran. Yo al ver lo que hacía me acerqué a ella, y le dije algo enfadada - ¿Por qué les da usted patadas a las palomas? - Ella al verme se sorprendió, no esperaba que estuviera allí y me respondió - Es para que no se coman el pienso de los gatos - Yo le respondí - El amor a los animales no está solo en los perros y los gatos, sino en todos los animales que viven en la tierra.

Una de las ocasiones que me invitaron para asistir a sus reuniones, lo hacían en el local que tenía la veterinaria. Me fui antes que empezara porque fumaban, y dentro no se podía estar.

En esa época le extirparon a Campanita un tumor que le había salido en la cadera, pero fui a otro veterinario de Cardedeu, un tal Carlos.

Era bueno con los animales, y las operaciones que hacía eran un éxito. Para la operación de Campanita, le pedí a Carlos el veterinario, que fuera él quién la operara, aunque tenía un gran equipo yo preferí que lo hiciese él.

Me quedé asombrada de lo rápido que un perro se recupera. Esa misma tarde de la intervención fuimos a buscar a Campanita, tenía unos deseos locos de verla. Era la más inquieta, y nerviosa, la que más trabajo me daba, y la que más echaba a faltar.

Esa tarde que la operación de Campanita se efectuó, esperábamos con impaciencia en la sala de espera, a que nos invitaran a entrar en otra sala donde practicaban los reconocimientos a los animales. Estábamos de pie esperando a que Carlos entrara con

Campanita, pero, lo hizo sólo, nos quería advertir de cómo teníamos que recibir a Campanita, en el momento que apareciera. Dijo - Ella se va a poner muy contenta al verlos, y querrá saltar con ustedes y moverse. Permanezcan tranquilos la pueden acariciar, pero sin más. Hace poco que se ha despertado de la anestesia le he extirpado un tumor que pesaba cinco kilos, y la herida está muy fresca.

Hicimos caso a Carlos, aunque mis deseos eran poder abrazarla fuerte y jugar con ella, me tuve que contener. Campanita estaba como si no le hubiesen hecho nada. Tenía ganas de jugar, no pude impedir que se pusiera en pie apoyando sus dos manos en mi cintura, con su cara buscaba mis manos para que la acariciara. Era un ángel, también hay ángeles que vienen a la tierra cogiendo forma de animales. Siempre que hablo de Campanita, mis ojos se convierten en dos charcos, como también con Milord, que aunque hayan pasado treinta años, no me puedo olvidar de él. Él fue el pionero, y me enseñó muchas cosas que los humanos debemos aprender. Despertó en mí el amor a los animales. Seguro que lo debía tener, pero no lo sabía. Él también era otro ángel. Si Milord y Campanita hubiesen coincidido en la misma época, y a mi lado, seguro que habrían formado una pareja feliz. A Milord, con tanto como le gustaban los cachorros, que se pasaba ratos jugando con ellos. Campanita con lo madraza que era, y protectora de los demás perritos, hubiesen formado una familia feliz.

Malva, la hermana de Campanita, cogió una enfermedad destructora. Luisa que era la que se había quedado con ella desde el primer día, que encontramos a la manada de cinco cachorros, lo estaba pasando muy mal, también los demás compañeros y yo. Malva era como su nombre, buena, cariñosa y dócil. El mal que tenía estaba en el vientre. La veterinaria que la llevaba por aquél entonces, se llama Victoria, teníamos mucha fe en ella, pues atendía bien a los animales, y los operaba con grandes resultados. Ella era la que llevaba a los perritos que teníamos. Cuando reconoció a Malva, y le hizo los análisis necesarios, nos comunicó, que Malva tenía cáncer, dijo que la tenía que operar. Fijo el día y la hora. Teníamos las esperanzas que después se pondría bien.

Estábamos en la sala de espera con impaciencia y nerviosismo esperando que la intervención acabara. Victoria, antes de coser el vientre de Malva nos llamó para que entráramos en quirófano. Luisa fue la que entró, yo no hubiese podido resistir verle a Malva el vientre abierto. Cuando Luisa salió, venía llorando, y quedándose frente a mí me dijo - Victoria me ha mostrado el vientre de Malva, lo tiene por dentro cubierto como de lentejas blancas. Dice, que el cáncer lo tiene muy extendido, y me ha dado dos soluciones para que ahora decidamos. Ponerle la

inyección ahora que está dormida, o dejar que se despierte, y más adelante, en una semana empezar hacerle quimio. En dos sesiones vería qué resultados daría.

Luisa pedía que se le practicara quimio, quería tenerla con ella todo el tiempo posible. No la quise contrariar, puesto que todos, lo estábamos pasando bastante mal, pero estaba segura que lo mejor había sido ponerle la inyección mientras estaba bajo el efecto de la anestesia.

A la semana siguiente empezó el primer tratamiento de quimio. A la primera y la segunda sesión, parecía que se iba reponiendo, pero cuando pasó un poco más de tiempo, Malva sufría, sufría tanto, que no la podíamos tocar, algunos de los perritos si jugaban y le daban un empujón daba alaridos. Ella misma se apartaba de todos para que no le dieran un golpe.

Hablamos y decidimos, que Malva, para el bien de ella, y que no sufriera más, había que sacrificarla. Yo también sufría mucho de verla sufrir.

Hablamos con victoria la veterinaria, y se le dijo lo que habíamos decidido. Ella sabía lo enferma que Malva estaba. El día que nos dio, era por la mañana, lo recuerdo como si de ayer se tratara. En el coche de camino, llevaba Malva su cabeza junto a mí. Era posible que supiera donde iba, quería que yo acariciara su cabeza, era lo único que se le podía tocar, mientras le acariciaba le hablaba, le decía, que pronto iba a estar en el cielo, y que nunca más le dolería nada. Que todos la queríamos mucho, y que siempre estaría en nuestros corazones. Estoy segura que me comprendía.

Hoy sábado he visto por la cuatro el programa que hacen de Cesar Millán. Le decía a una señora, que su perro, y todos los perros no entienden lo que decimos, ellos sólo se guían por el instinto. Yo no estoy de acuerdo. Recuerdo cuando tenía a mis perras, tenía que hablar muy bajo algo que no quería que supieran, pues, incluso hablando por lo bajo, se enteraban, y se alborotaban poniéndose a pedir con sus lloros cosas que ellas querían, y que era de lo que estábamos hablando.

Luisa fue la que entró en quirófano en el momento de ponerle la inyección a Malva. Yo no tengo valor para esas cosas, me quedé fuera acompañada por otro compañero, hasta que salió Luisa diciendo que ya estaba.

Por la tarde la incineraron. Me quedó un recuerdo pésimo, lo que ocurrió con Miel. Nunca más se iba a repetir. La incineraban a ella sola, pues, queríamos estar todos nosotros allí presentes, y que nos dieran las cenizas para echarlas en el campo. A las cuatro de la tarde la incineraron. Era un obrero el que había para llevar a cabo esa misión. Estaba preparada Malva sobre una camilla de hierro. Yo había cogido un ramillete de flores, de las macetas que tenía en la terraza, iban flores y plantas como el romero, hiedra, lavanda y otras más. Le entregué el ramillete a este obrero, y le dije, que lo pusiera en el pecho de Malva, y entre sus manos, no le chocó en absoluto, es más, yo le dije - Es una costumbre que tenemos en hacerlo.

Fue estremecedor, era la primera vez que vi la cámara o caldera de fuego. Era asombroso. La mesa de hierro estaba preparada sobre unos raíles, y cuando

este obrero abrió la puerta, entró la mesa con Malva dentro.

Salimos al jardín o patio, pues, la olor ha quemado era fuerte. Esperamos dos horas para llevarnos las cenizas de Malva. Nos la entregaron en un cofre, cerrado y sellado.

A la semana siguiente fuimos al campo, lejos de Barcelona. Se buscó el lugar ideal para dejar las cenizas de Malva. Lo mejor que había eran arbustos de romero en flor. Allí derramé las cenizas. Todos los demás perritos venían con nosotros, y estoy segura que sabían para qué estábamos allí.

Malva, también está en el cielo.

Nunca me separaba de Campanita, ni de Linda y Cani. Tenían la casa libre, y podían ir por donde quisieran, no había un lugar que yo les prohibiera entrar. Y jamás pensé que durmieran fuera de la casa, por ejemplo, la terraza. No hubiese yo podido dormir tranquila, mi conciencia me lo hubiese estado reprochando a cada instante.

En una terraza que hay enfrente en donde vivo ahora, hay una perrita blanca de unos cinco kilos, la tienen abandonada, pues, está todo el día, sola y también la noche. Tiene una casita de madera para ella, y un montón de trastos alrededor. El pobrecito animal me causa mucha pena, tiene una pelotita para entretenerse, y cuando está harta de seguir la pelota, se desplaza a la puerta de la terraza que está siempre cerrada, y la araña con las uñas. Es tan buena, que nunca le he oído ladrar, se ha resignado a vivir de esa manera.

Aquí en Sitges hay mucho viento, tan fuerte que rompe toldos y ramas de árboles. Esta noche está soplando el viento dejándose oír sus silbidos. Por la ventana de mi comedor vigilo a la perrita, y cuento las horas que nadie ha ido a verla. El hijo del matrimonio de esa casa, saca a la perrita un rato por la mañana, o por la tarde, la deja que pasee por la calle. Yo he contado en mi reloj diez minutos. Pronto la hacen entrar en su casa. La perra se niega, y baja la calle ella sola, pero el chaval le da un silbido, y rápidamente obedece. Vuelvo a sentir pena cuando

veo que la dejan en la terraza, cierran la puerta y se van. Aquí en Sitges, las tormentas son fuertes, la lluvia cae a torrenciales, el centro del pueblo siempre se inunda. Me estoy refiriendo a la perrita, que aunque caigan rayos y truenos, el animal se queda en la terraza, y nadie viene a mirar cómo puede estar.

Desde la ventana, le silbo, y cuando me mira, le hablo, de esa manera estoy un rato.

Jamás hubiese podido yo hacer esto con mis perritas, nunca me lo hubiera perdonado.

Hay otra cosa que quiero decir y que suena mal a mis oídos, no lo soporto. Es cuando alguien se dirige a un perro en un estado normal, y lo llama bestia. Personas que tienen dos y tres perros utilizan ese calificativo hacia el perro.

Cuando están hablando conmigo algunas de estas personas, y se dirigen a sus perros como bestias, no puedo soportarlo, y les digo - Bestias son las personas, por la maldad que tienen, y los pocos sentimientos. Los animales son animales, son inocentes, no buscan hacerse daño, entre ellos se ayudan ¿Quién son más bestias?

Voy a contar un hecho que ocurrió hace muchos años, yo tenía veinte. Quiero hacer comprender quién son más bestias, el ser humano o los animales. Ocurrió lo que voy a contar, en 1963, aquí me di cuenta que las bestias no son los animales.

Trabajaba yo de camarera en un hotel de la Costa Brava.

En la lavandería había una perra que hacía quince días había parido tres cachorros. La perra cuidaba muy bien de sus hijitos, y los quería mucho, los cuidados de ella, eran grandes. El dueño del hotel dijo

al ayudante de cocinero, que cuando la perra saliera de la lavandería para dar un paseo, cogieran a dos de los cachorros, los metiera en un saco, y los ahogara en el mar. Sólo tenía que dejarle un cachorro, para que no echara a faltar los otros dos.

Iba yo por el primer piso del hotel, y de súbito me estremecí y me asustó los ladridos de la perra, que subía las escaleras de dos en dos. Sus ladridos eran desgarradores, cuando alcanzó el pasillo corría desesperada, dando golpes con su cuerpo y manos en cada puerta. Como no le abrían, estuvo hasta llegar a la última puerta. Yo estaba sobrecogida, inmobilizada de ver tanto dolor en el animal. La manera que llamaba a todas las puertas para que le devolvieran a sus dos hijitos. Al no tener resultado en ese piso, subió como loca las escaleras al piso superior sin parar de ladrar. Yo tenía por dentro mucha pena, puesto que sabía que a sus cachorros no los volvería a ver. Bajé rápidamente las escaleras para prevenir lo que estaba ocurriendo y la detuvieran, pues, ella sola se estaba matando a golpes. No quise saber de qué manera cogieron a la perra, estaba demasiado traumatizada, como para presenciar más sobre el animal.

Al día siguiente bajé a la lavandería expresamente para ver a la perra y al cachorro que le dejaron. Estaba en el lugar que le habían asignado, debajo de una pila de lavar. En ese hueco estaba acostada dándole de mamar a su hijito. No se fiaba de nadie, y cuando nos acercábamos, gruñía. Creo que la leche se le puso mala, y que fue por eso que a su cachorro le salió un bulto a un lado de la garganta. Ella lamía esa

parte enferma de su hijito, el cachorro lloraba de dolor, pero la perra seguía lamiéndolo.

El dueño del hotel pidió al cocinero y su ayudante de esperar a que la perra saliera a dar su paseo habitual, para abrirle con un cuchillo el flemón al cachorro. Cuando la perra hacía diez minutos que se había ido, entraron los dos hombres en la lavandería, cerraron la puerta, por si daba el caso que la perra volviera antes que ellos acabaran la operación.

Yo estaba fuera esperando con el resto del servicio de lavandería. No puedo describir el sufrimiento que pasé cuando advertimos que la perra llegaba. La puerta permanecía cerrada, y desde fuera se podía oír los gritos de dolor del cachorro ¡Pobrecita perra! Pegaba tortazos a la puerta de la lavandería dando estremecedores ladridos, daba saltos y empujaba con su cuerpo para abrir la puerta. Todos los que esperábamos fuera teníamos el corazón encogido. Jamás había visto semejante cosa en un animal, fue la primera vez que comprendí el amor de los animales hacia sus hijos.

El dueño del hotel estaba también fuera con nosotros. Gritó a los dos hombres que había dentro para que acabaran lo más pronto posible, antes que la perra acabara con su vida.

Al fin, la puerta se abrió y salió el cocinero y su ayudante. El cocinero mantenía en la mano el cuchillo, y su compañero una bolsa de plástico, y dentro el resto de gasas que había utilizado para la operación.

La perra entró en la lavandería como una flecha, se metió debajo de la pila de lavar, y como una desesperada buscaba, qué era lo que le habían hecho

a su cachorro. Con la boca le daba vueltas, y lo ponía de un lado y de otro. Se paro en la herida, y empezó a lamérsela ¡Pobrecito también de cachorro! Después de pocos días la herida cicatrizó, y el cachorro se puso bien.

Poco después, me fui del hotel, pues la temporada alta había terminado. Y por supuesto, nunca más supe de la perra ni de su cachorro.

Este relato que he contado, lo viví, y lo vi con mis propios ojos ¿Quién son más bestias? ¿Las personas o los animales?

Cuando me encuentro con una persona y me dice refiriéndose a un perro ¡Pobre bestia! Estoy a punto de decirle - ¿Tanta pena siente por usted misma?

Bestia es un modo que la gente tiene para dirigirse a un animal. Lo dicen en todos los idiomas, porque en el diccionario viene escrito, pero si se consulta el Apocalipsis, en el capítulo 13, San Juan al referirse a la bestia, no se está refiriendo en concreto a ningún animal, se basa en el ser humano ¿Alguien ha oído a un animal que blasfeme? Yo lo he oído, pero a las personas, cuando lo hacen sus caras se transforman, en bichos raros. La bestia está saliendo de ellos, el mal se está manifestando.

Los animales lo único que pueden hacer cuando algo no va bien, es gruñir o ladrar. Si el animal ataca, es porque la persona lo ha desafiado, con sus gestos o palabras, por su mal comportamiento y miedo.

El relato que acabo de hacer de la perra del hotel, tenía el animal más que motivos para haber mordido a alguien, y sin embargo no lo hizo. Esta perra era otro ángel, y también está en el cielo.

San Francisco de Asís era amigo de los animales, se dirigía a ellos cómo hermanos. En ninguna biografía que he leído de él, no hay un escrito donde diga que los animales son bestias.

Todos sabemos que en todo el planeta hay animales salvajes, y muchos de ellos son inaccesibles, pues con sólo acercarse tres metros de ellos seríamos devorados. Incluso a estos no los llamó bestias, prefiero darles el nombre de fieras, este apelativo es el que mejor les va, y el de bestia a la persona, que quiere decir el mal que vive dentro, y se transforma en persona cruel y mala.

En una corrida de toros, entre el toro y el torero, el más bestia de los dos es el torero, éste degolla al animal sólo por placer. Pocos toreros han muerto bajo los pitones del toro, y cuando ocurre, el animal se lo está previniendo hace rato, pero el torero como es tan chulo y cree que es Dios, piensa que no conseguirá hacerle nada grave. Y sigue demostrándole al toro con sus desplantes, que el que manda es él, hasta que sale por los aires. También en esta situación insiste, queriendo demostrarle al público, que el que lleva los ajustes es él. Hasta que se va desangrando, y consigue su cuadrilla llevárselo a la enfermería. La chulería le sobresale hasta llevarlo a la muerte, pero esto ocurre en muy pocas ocasiones.

Yo me indigno cuando oigo decir al periodista que está presentando el telediario, y se refiere al toro que ha empitonado al torero - El toro asesino - ¿Quién es más asesino? La lógica no existe en la verdad, cuando se trata de maltratar a los animales. Ellos cómo no hablan, los ignorantes creen que no sienten el dolor, que no tienen sentimientos. En este

capitulo he mostrado a la perra del hotel. Tenía más sentimientos que los humanos, ellos la destrozaron.

Vuelvo a donde me quedé con Campanita, Linda y Cani. No me gustaba Cardedeu para vivir, y nos trasladamos a Barcelona, a San Andrés. Era un quinto piso con una amplia terraza, ellas la necesitaban, yo también estaba más tranquila, pues, salían y se acostaban tomando el sol.

Una sobrina mía hija de una hermana, se casaba en Alicante. Teníamos que asistir a la boda, y había que mirar donde dejábamos a las tres perritas. Nos hablaron de un albergue, allí estarían bien. Unos días antes de marcharnos fuimos a visitarlo, y ver cómo era. Lo vimos correcto, en buenas condiciones, y en el campo, cerca de Cardedeu. Las llevamos por la tarde un día antes de marcharnos. Las condiciones en las que se quedaban no estaban mal, y sólo eran dos días que íbamos a estar fuera. La jaula donde se quedaron las tres, la limpiaban cada día, como mínimo, también el pienso que les daban era de una marca buena. Las sacaban a pasear, había mucho campo para que corrieran.

Campanita, Linda y Cani, se quedaron tristes y nerviosas, al darse cuenta donde las habíamos dejado. Yo me fui triste de dejarlas allí, pero era por una emergencia, y dos días pasan rápido, El teléfono del albergue lo llevaba, y llamaría al día siguiente para preguntar cómo estaban. Me dijo la persona responsable, que no habían comido, y que no querían

salir de la jaula para dar el paseo. Tampoco ladraban, estaban una al lado de la otra, quietas

La pena que yo sentía era, que tanto Campanita, Linda y Cani, pensaban que las había abandonado.

Era por la tarde cuando llegamos a Barcelona, y lo primero que hicimos fue ir a por las tres perritas. Recuerdo que estaban dentro de la jaula, de pie, una al lado de la otra con la mirada perdida. Habíamos llegado a tres metros de ellas, y no nos reconocieron, hasta que nos acercamos a la jaula y les hablé. Entonces, empezaron a llorar, y a querer salir por los barrotes de la jaula.

Esa tarde disfrutamos mucho de ellas. Con el coche fuimos a otro campo, y estuvimos corriendo y jugando con las tres. Al llegar a casa eran felices, y también yo de tenerlas conmigo.

Linda, tenía una cosa muy graciosa. Cada noche antes de irse a dormir, venía y se plantaba delante de mí, para que yo le dijera - Vete a dormir - Cuando oía que se lo decía, daba media vuelta y se iba a dormir junto a Cani, nunca dormían separadas, y para tomar el sol en la terraza, también lo tomaban juntas. Eran tres primores lo que yo tenía, tres ángeles.

Casi dos años después, tuvimos que marchar a un pueblo de Valencia, donde mi sobrina y su marido habían elegido su residencia. Ella había tenido un hijo, y lo queríamos conocer. Esta vez también era por dos días que teníamos que dejar a las tres perritas, pero en esta ocasión las dejamos en una masía guardería. Los dueños daban cabida a diez o doce perros, para que estuviesen bien. Estaban sueltos todo el día, y podían correr por el interior de la gran casona. Esta vez al dejarlas se quedaron más

tranquilas, pues, habían otros perros que llamaban su atención.

Al regreso, pasados dos días, íbamos contentos para verlas y llevárnoslas a casa. Cuando nos abrieron la puerta, esperábamos con impaciencia verlas nada más entrar. Pero no fue así, eran otros perros los que habían venido a recibirnos, nos explicaron lo que había sucedido. Campanita, Linda y Cani, estaban las tres juntas en una jaula, las habían metido porque mordían a los demás perros. Si uno se acercaba a una de mis perritas, las otras dos iban a morder al perro. No me sorprendió nada puesto que cuando las sacábamos a pasear, mantenían la misma conducta. Se querían tanto las tres, que una acudía a la defensa de la otra.

Al entregárnoslas, las encontré tristes y decaídas, estaban incluso sucias. Nos dijeron, que era porque se habían revolcado en la tierra. A Cani le entró una espiga dentro del oído, la llevamos al veterinario, y la tuvo que dormir para sacársela.

A muchos sitios no íbamos por no dejarlas solas. Si se nos ocurría una noche ir a cenar, al regreso nos estaban esperando sentadas detrás de la puerta, no importaba la hora que fuera.

En el verano del 2003 le salió a Campanita un salpullido en el labio superior, debajo de la nariz. Yo lo achaqué a que era el mes de agosto y hacía mucho calor, y podría tratarse de su misma sudor. El salpullido iba cada vez en aumento y ganaba terreno extendiéndose cada vez más. La llevamos a Victoria la veterinaria, y le hizo un análisis de sangre. Mientras que estaba mirando los resultados por el microscopio, salió a la sala de espera y me dijo que entrara. Me llevó al laboratorio, y me mostró el microscopio para que yo mirara. Yo no sabía lo que iba a ver por allí, y mi sorpresa fue grande al descubrir una especie de oruga que se ponía de pie, y se balanceaba de derecha a izquierda. Tenía ojos, nariz y boca ¿Qué es esto? - Le pregunté a Victoria - Es la enfermedad que ha contraído - Me respondió ella - ¿Esa oruga es la enfermedad? - Le pregunté -Si- Me dijo ella. Tiene que tomar antibióticos por mucho tiempo, los morros se lo tenéis que cepillar con un producto que te voy a dar. Pasado un mes la traes, pues, tengo que hacerle otro análisis para ver si ese microbio ha muerto.

Con los antibióticos, y el lavado a diario, el salpullido, se fue yendo. Al mes, llevamos a Campanita a la veterinaria, le hizo otro análisis y el microbio había desaparecido. Estaba muy contenta que por fin Campanita había mejorado. Los

antibióticos no los tenía que tomar más, habíamos salido de una mala racha, pero no duró mucho, sólo tres meses. A la entrada del invierno volvió a aparecer el salpullido, pero más extendido. Como sabía qué medicamentos darle, los compraba en la farmacia, y le daba los antibióticos, y se le hacía a diario el lavado con el cepillo.

Se volvió a parar como dos meses, y todo parecía que iba bien, pero un día, le vimos una mancha de sangre en la cabeza. Era una pequeña herida, se la lavé con una gasa y agua oxigenada, y se le cerró. A los pocos días, era otra herida que le sangraba en el cuello, a todo esto, yo seguía dándole antibióticos. Comía como una desesperada, y bebía agua más que nunca, era obsesión lo que tenía por beber. Ella había sido muy inquieta, pero en esos momentos le superaba a todo lo que había sido. Los nervios se apoderaron de ella, y era un ir y venir que no podía estar dos minutos en el mismo sitio. Tenía que cambiarse rápidamente, y lo que no había hecho antes lo hacía en esos momentos. Si Cani o Linda estaban acostadas en un sillón, ella daba un salto y les quitaba el asiento. Con su peso de veintisiete kilos, las otras perritas bajaban del sillón, y les dejaban el sitio.

La primavera estaba a punto de entrar. Las heridas iban en aumento, sangraba por el vientre, por el lomo, y por todo su cuerpo. No se podía hacer nada más por ella, pero la queríamos tener hasta que ocurriera algo irremediable. Lo que yo deseaba era que una mañana la encontrara muerta.

Linda y Cani, no se acercaban a ella como antes, ellas más que nadie sabían por la olor que Campanita

desprendía, la enfermedad tan horrenda que tenía, y no la debían molestar.

En la navidad del 2003, Campanita había empeorado, aunque hacia fuera no se le notara por los antibióticos que estaba tomando, nosotros que estábamos a su lado, notábamos que su respiración no era la misma de antes. Se cansaba cuando llevaba un rato andando, la manera de cómo miraba era diferente. Sabía que su final estaba cerca.

Granada es una ciudad de Andalucía donde me crié, y hubiese querido pasar el resto de mi vida. La navidad del 2003 la quería pasar en este lugar maravilloso y lleno de magia. Íbamos a pasar allí cinco días, y mi deseo era que Campanita, o sea, sus cenizas se quedaran allí. Pensé que no soportaría diez horas de viaje en el coche, y que estos cinco días terminaría allí. Por supuesto que también venían Linda y Cani, no queríamos separarnos de ellas.

Llevábamos habitación reservada en un hotel de tres estrellas, habíamos elegido uno entre tantos donde admiten a perros.

El coche que tenemos es una furgoneta, la parte de atrás estaba preparada para que mis perras viajaran. Campanita se pasó todo el viaje, acostada, cosa que nunca hacía. Le gustaba al igual que Linda y Cani, ir de pie en todos los viajes que hacíamos, y mirar por las ventanas, los paisajes. También se pasaban la mayor parte llorando, porque ansiaban llegar al lugar y correr por el campo. En este último viaje no fue así. Las tres fueron y volvieron acostadas.

Granada en diciembre está nevada, y eso fue lo que nos encontramos, nieve por las calles, aunque por

la mañana cuando el sol calentaba, la nieve que caía durante la noche, se derretía.

Campanita demostró tener una naturaleza fuerte, y también nos demostró, que aguantaría y seguiría a nuestro lado el tiempo que fuera necesario.

Paseábamos con campanita, Linda y Cani por las calles de Granada. Fuimos a la Alhambra, pero estaba cerrada porque era el día 1 de Enero, el día de año nuevo está todo cerrado en todas partes. Nuestra intención no era visitar por dentro La Alhambra, puesto que no podíamos, llevando las tres perras. Yo he entrado en La Alhambra infinidad de veces, sólo era el hecho de que mis perras estuvieran a los alrededores. Dentro de un patio nos hicimos fotos con ellas, a estas fotos les tengo mucho cariño, por lo que representan, y cuando las miro, a mi mente vienen muchos recuerdos y el gran cariño que sigo teniendo por Campanita, Linda y Cani.

Cuando regresamos a Barcelona, Campanita venía muy cansada, no sé si son diez o doce horas de viaje, el trayecto que hay en coche, de Barcelona a Granada, pero lo pasó todo el tiempo, acostada.

Había empezado el mes de abril, y campanita cumpliría el día 8, doce años. La mirada la tenía ya pérdida y triste, estaba casi todo el tiempo jadeando de cansancio, y la obsesión por beber agua era cada vez más aguda, y como bebía iba a orinarla.

El 6 de abril, ocurrió lo irremediable. Estaba ella sola en la terraza, y de pronto sentí olor a podrido, de una manera horrible. Yo sabía que estaba en la terraza, me dirigí rápidamente, y vi con gran espanto todo lo que le iba saliendo por el ano. Todo era sangre espesa, mucha cantidad, con una peste que no

se podía soportar. Cuando acabó de echar, pasado un rato que estuvo sin poder ponerse derecha, entró en la casa. Yo me quedé en la terraza echando toda el agua que podía para que toda aquella suciedad bajara por el desagüe. Eché cubos de agua con lejía, hasta que se quedó el suelo de la terraza limpio. Era por la tarde, martes santo, y ese mismo día tenía que dejar solucionado con Victoria, la veterinaria lo que se iba hacer, puesto que en vista de lo ocurrido, en cualquier momento, Campanita se vaciaría, y si era dentro de la casa ¡Vaya plan! Quedamos para el día siguiente, miércoles Santo, llevarla para que le pusiera la inyección.

Campanita dormía en un sofá que había en una habitación que no usábamos. Esa noche, me quedé a su lado sentada parte de madrugada. Le hablaba, y le pedía que me perdonara por lo que al día siguiente iba hacer. Esa noche no pude dormir, pensando en que Campanita, al día siguiente no estaría conmigo. ¡Tan revoltosa como había sido, y tan cariñosa, y madraza! que aunque no hubiese parido, todos los perritos pequeños que nos encontrábamos paseando, se acercaba, ponía sus morros en los de ellos, era una señal de saludo y un beso que les daba. Jamás la vi gruñirle a otro perro, todos eran sus amigos, o quizás hijos de ella. Campanita me ha dejado un recuerdo inolvidable, no hay un día que no piense en ella, y derrame algunas lágrimas. Ella también se le incineró, pero en una caldera colectiva, pues al día siguiente era viernes Santo, tres días que no quemaban hasta el lunes, me era imposible de estar allí.

La he soñado en varias ocasiones, y por lo que he visto en mis sueños, tiene una misión en el cielo. Pasaba delante de mí, y encima de su lomo llevaba una cesta de caracoles brillantes de colores. Subía una pendiente como si se dirigiera a una montaña. Yo la llamé pero ella siguió su camino como si no me hubiese oído, pero estoy segura de que sí me oyó.

Hace como cosa de un mes también la he soñado, Y de nuevo pasaba por delante de mí, con el cuerpo cubierto con un manto a cuadros, en cada cuadro había un dibujo que parecían signos, de diferentes colores, y brillantes. En este sueño tampoco me dijo nada, se paseaba delante de mí, para que yo viera en el grado en que está en el cielo. Igual que yo creo que las personas cuando dejamos la tierra vamos al lugar que nos pertenece, también lo tienen los animales ¿Sino que lógica tendría la vida y la muerte de las especies que hay en la tierra?

Dios, o la madre naturaleza, nos hizo a todos de su mismo amor. Los árboles por ejemplo nacen pequeños, van creciendo hasta que echan sus flores, y después viven en todo su esplendor centenares de años. Ellos nacen para estar siempre en la tierra, para darnos a todos los seres vivos el oxígeno que necesitamos para vivir. Todo está hecho con suma precisión.

Linda y Cani se quedaron solas, digo solas, sin Campanita. No sé si la echaron a faltar, pues, las dos se querían mucho, y a donde iba la una iba la otra. Les puse el nombre en broma, las dos confidentes, porque todo se lo contaban y se lo transmitían. Yo no quería seguir viviendo en Barcelona, pues delante del bloque, pasaba el tren, y hacía seis meses que habían empezado las obras para que pase el ave. Era un ruido tremendo el que había durante el día. No me podía concentrar para escribir, no podía hacer nada de esto. Algunos sábados nos gustaba venir a Sitges, pero nada más comer en un restaurante, nos íbamos en el tren. Linda y Cani se quedaban solas, y todo el tiempo estaba preocupada por ellas. Sitges es un pueblo que me gusta, y veníamos con la idea de alquilar un piso aquí, y quedarnos a vivir.

Cada sábado que veníamos íbamos a las agencias, y preguntábamos por un piso en alquiler. Todo lo que nos mostraban era caro, y estaban en calles estrechas, y casi sin luz. Yo pedía que tuviera vistas al mar, y con terraza para Linda y Cani, era imprescindible. Ellas pasaban largas horas en la terraza acostadas tomando el sol. El piso que yo pedía a las agencias, con vistas al mar, y con terraza, el alquiler subía muchísimo, no lo podíamos pagar. En todas las

agencias dejábamos la ficha con las características que queríamos.

A finales de agosto, nos llamó una agencia diciéndonos que tenían el piso que queríamos. Quedamos en ir a visitarlo al próximo sábado, era a principios de septiembre. Llevaba dinero por si nos gustaba, y dejar paga y señal. El piso es donde vivimos ahora. El día que nos lo mostraron, nos gustó mucho, las vistas al mar que tiene son preciosas, de postal, pero no tiene terraza, es un amplio balcón, que hace de terraza. El día que nos lo mostraron vi que tenía esa pega, pero pensé, que tampoco tenía mucha importancia.

El día que nos cambiamos a vivir, lo recuerdo como si fuera ayer, y hace tres años. Al entrar Linda y Cani en el comedor, y al llegar al balcón, Cani me echó una mirada de reproche que yo entendí muy bien - ¿Dónde está la terraza para nosotras? Eso fue lo que quiso decir. Me dolió mucho, yo hubiese querido una terraza amplia para ellas, pero las circunstancias no las daban. Linda era conformista, se adaptaba a todo, pero Cani no, protestaba por todo, se parecía en esa manera de ser a Miel, su padre. A los tres días de estar viviendo aquí, una mañana al sacarlas a pasear, y a que hiciesen sus necesidades, las dejé a las dos en un parque que hay al lado de casa, como hacía otros días. Yo me quedaba sentada en uno de los bancos observándolas. Esa mañana recuerdo de ver por última vez a Cani olfateando por la hierba, Linda estaba a su lado, como era habitual. Habían pasado quizá quince minutos cuando vi que Linda venía sola y se quedó sentada junto a mis pies. Miré a la redonda buscando a Cani, pero no la veía.

Un día antes había hecho el ademán de marcharse, la vi y fui a por ella, pero este día no la encontré. Cogí a Linda con la correa y fuimos a buscarla, la llamaba a gritos. Yo estaba desesperada, pues, algo me decía, que se había ido para siempre. Desde que Campanita murió, estaba algo extraña, hacía cosas raras, poco conformistas.

La estuvimos buscando por los alrededores. Estuve dos días buscándola en el pueblo, y preguntando en todos los bares que hay, porque en un sitio que pregunté me habían dicho que un día antes habían visto a una perrita que iba cojeando. Se paró en un bar, y le dieron algo de comer. En todos los bares que preguntaba me decían que no habían visto tal perrita. Fui al ayuntamiento, porque me dijeron que cuando veían a un perro perdido lo llevaban allí, tampoco estaba.

Yo la hacía muerta, pues, jamás había salido de mi lado, no sabría cómo sobrevivir. Era pequeña, y con doce años. Había gente que me decía - Ha decidido irse ella, y lo ha hecho. Era en el 2004 y el 21 de septiembre.

Linda se quedó sola, yo jugaba mucho con ella, y la sacaba largos ratos a pasear por la playa, pero he aprendido con ella, que una persona no supe a la compañera que se va. Los animales se entienden entre ellos muy bien, mejor que con una persona.

Linda ya no quería quedarse sola, cuando tenía que irme a comprar o a otro sitio donde ella no podía venir, lloraba todo el rato hasta que yo volvía. Sentía mucha pena por ella. De la edad de nueve meses que fue cuando la cogí, su compañera de siempre fue Cani. Linda tenía dos años menos que Cani.

Por mucho que yo jugaba con Linda y la sacaba a pasear, no suplía sus deseos o necesidades. La ida de Cani la marcó mucho, no era feliz, ni siquiera estaba contenta. Largos ratos me quedaba abrazada a ella, y le decía lo mucho que la quería. Siendo un cachorro le había tocado vivir con una familia que la trataba mal, y le pegaban. Muchas veces cuando dormía en un sillón, tenía yo que despertarla, por la pesadilla que estaba soñando. Su cuerpo temblaba y los ojos se les ponían en blanco, la llamaba, pero no se despertaba, seguía temblando como si corriera, porque alguien la seguía. Le acariciaba la cabeza y el lomo, hasta que poco a poco se iba despertando, y cuando estaba despierta, me contaba con lloros todo lo que había soñado.

Estaba con Linda todo el tiempo que podía, y era casi todo el día. Hacía tres meses que Cani se había ido.

El 25 de Diciembre, fuimos a comer a casa de unos familiares, Linda también venía, ya no la podía dejar mucho tiempo, sola. Ese día comió de la comida que todos comimos. Al regresar a casa, le empezaron muchos temblores, y lo achaqué, a que había comido demasiado. Estuvo toda la noche temblando, pero al día siguiente se le quitaron y pedía comida. Todo iba bien, hasta el día de año nuevo que fuimos a comer a casa de otro familiar. Dije, que nadie le diera comida, puesto que había estado mala días atrás. Fui yo quien le puse en la boca una rodaja de charcutería, pues, sólo hacía que pedirme, y se lo di, para calmar su ansiedad. Pero estoy segura de que esto no fue lo que colmó el vaso.

Al llegar a casa le volvieron los temblores, estaba acostada en un sillón, y no paraba de temblar. Al día siguiente 3 de Enero, decidí por la mañana llevarla al veterinario, no sabía cómo hacerlo, puesto que Linda no se ponía en pie. Pesaba 9 kilos, y para mi era mucho peso para llevarla en los brazos. Decidí meterla en el carro de la compra. Coloqué un cojín en el fondo del carro. Iba distraída mirando a la gente que pasaba. Yo acelerada, llevaba el carro, quería llegar lo más pronto posible al veterinario. Cuando faltaba unos 50 metros para llegar, hizo el ademán de querer salirse del carro. Y un segundo después inclinó la cabeza, y se fue metiendo hacia abajo. Echaba por la boca espuma. Vi como se quedó acostadita en el fondo del carro, le quise levantar la cabeza pero no respondía. Iba yo corriendo con el carro, que más que eso, parecía que se tratara de una ambulancia. Al llegar a la puerta del veterinario, pedí por favor que se ocuparan de la perrita rápidamente. Así lo

hicieron, no tardó, ni un minuto en llegar una chica, cogió del fondo del carro a Linda y mientras que iba con ella en brazos, gritaba ¡urgencias! Me hicieron quedarme fuera. En esos momentos no sabía yo bien donde estaba, me llegué a imaginar que era un sueño, y que despertaría de un momento a otro. Habían pasado 10 minutos cuando salió la chica que había cogido a Linda. Vio como yo lloraba, y acercándose a mí me dijo - Su perrita ha muerto, de hecho, ya estaba muerta cuando usted llegó. Era verdad, pero quería que la salvaran.

Yo estaba tan mal, que dijeron de llamar a una ambulancia para mí, porque necesitaba ayuda, yo me negué diciendo, que se me pasaría.

Linda se quedó en el veterinario para ser incinerada. Me vine a casa con el carro, e iba llorando por la calle, no podía retener las lágrimas.

Linda, no pudo soportar más de tres meses la ausencia de Cani, estoy segura que fue eso que se la llevó. Pero me queda el consuelo, que está en el cielo, era otro ángel.

En el 2006 hace año y medio, íbamos por la calle, era el día de las madres. Fue increíble lo que sucedió, reconocí a Cani por la cabecita. Había un hombre sentado en el escalón de una puerta, tenía a Cani en su regazo, junto a él había, un perro de tamaño más bien grande. Al principio pensé, que se trataba de un vagabundo y me dirigí a él, y le dije - Esta perrita es mía, y se llama Cani - Él bastante seco me respondió - ¿Cómo lo puede probar? - Lleva un chip, y está a mi nombre - Le respondí. La mujer de él, también intervino y dijo que la habían sacado de la perrera de

Vilanova. Tenía hecha la cartilla a nombre de ellos, y ahora se llamaba Lola.

Cogí en mis brazos a Cani y le hablé, le pregunté: ¿Por qué has dejado a Linda? Sólo hacía que mirarme, había pasado más de un año que se había ido. Me la podría haber llevado si hubiese querido, pero vi que Cani estaba bien atendida, había caído en buenas manos. Y llevármela hubiese sido otro trastorno para ella, por el cambio. Pregunté cómo era la casa de ellos. Me respondieron que tenían un jardín para que estuviesen los dos perros bien. Cani tenía una cosa, que en casa no, una terraza donde ella pudiera salir a tomar el sol. Y por el contrario, este matrimonio me dijo que yo la había acostumbrado mal, pues, nada más llegar a su casa, se subió al sofá, y eso era porque yo la dejaba. Ahora no era así, cada perro tenía su cama. Y no los dejaban que se subieran en los asientos de ellos.

Los puse al corriente de la edad que Cani tenía. El 19 de ese mes, iba a cumplir 13 años. Dijo ella, que lo celebrarían, y le harían una pequeña fiesta en su honor.

Ellos se iban, y yo me despedí de Cani, a sabiendas que nunca más la volvería a ver. Para mí, fue un regalo del día de la madre.

Hace como siete meses soñé con Cani, la tenía yo en brazos, la carita la tenía deformada, tenía en un lado, un reloj despertador marcando una hora, pero no recuerdo que hora era. Yo corría con ella en los brazos para llevarla al veterinario, y le quitara el reloj de la cara. Me desperté con sobresalto, tuve una pesadilla horrible.

Estoy segura que ella también está, ya en el cielo, jugando con Linda. Las dos confidentes, eran dos ángeles.

En el verano del 2005 íbamos por las tardes a pasear por el paseo marítimo de Sitges. Había un chico con una perrita blanca era cachorro, tenía dos meses y medio. Trataba de colocarla en una familia que la quisiera, pues, había estado con una, donde no recibía buen trato por parte de los niños de la casa. La cogían de la colita y estiraban de ella arrastrándola por toda la casa. La madre de estos niños fue la que alertó a este chico para que se la llevara, puesto que había sido él, quién la había dado. Encontró una camada de cinco, metidos en una cajita de cartón, en la playa. La perrita era preciosa y juguetona. La tuve en brazos, y pregunté cómo se llamaba. El chico nos dijo - Se llama Luna - Desde un principio él quería que nos la quedáramos. Yo quería, pero no me animaba, pensaba demasiado en mis perritas, y en lo mucho que padecí. Ahora no quería hacerme cargo de ningún perro. Este chico nos buscaba cada vez que salíamos, llevaba en sus brazos a Luna. Ella cuando nos veía se lanzaba para jugar. Después de estar pensándolo varios días, decidimos quedárnosla hasta encontrarle una familia que la quisiera.

Paseábamos todas las tardes con ella por los sitios más concurridos de Sitges. No había persona que no se parara para jugar con ella, en dos ocasiones estuvimos a punto de darla, pero después se echaron atrás. La había llevado al veterinario, le habían puesto la primera vacuna, tenía la cartilla a mi nombre. Un

día cuando menos lo esperábamos, era el 2 de Octubre, íbamos paseando con ella, y se nos acercó un matrimonio. Ella empezó a jugar con Luna, y nos dijo - Que iba buscando una perrita como ella - Era un matrimonio de unos cincuenta años, los vimos sinceros, y les dije - Estamos buscando una familia para la perrita - La mujer, se volvió loca de alegría, y respondió - Que ellos se quedaban con Luna - Iba a estar muy bien, viven en una casa en Villafranca del Penedés, tienen una terraza, y un patio. En el paseo donde estábamos, acordamos para que se la llevaran. Vinimos a casa, y les di la cama de Luna, su comedero, y el pienso que comía. También un osito de peluche, que yo le había comprado, y que siempre tenía, en su cama para jugar.

Le pedimos a este matrimonio la dirección y el teléfono, nos entregó una tarjeta, y nos dijo que podíamos ir a ver a Luna siempre que quisiéramos. A los 15 días quedamos para ir a verla, había caído en buenas manos. Esta señora le había comprado un muñequito de peluche, pero lo había destrozado, sólo guardaba dentro de su cama, el osito que yo le compré. Y nos dijo ella - Que no podía cogerle el osito, iba rápidamente a por él, y lo volvía a depositar dentro de su cama.

En dos ocasiones más, fuimos para ver a Luna, había crecido, y cambiado. No fuimos más, para no molestar a este matrimonio. Luna esta perfectamente bien.

Éste último capítulo lo voy a dedicar a mi periquito o periquita. Le puse el nombre de chiquitita, por aquella canción que cantaba el grupo Abba, pero lo llamo chiqui, porque es más corto.

Después de haber tenido a Noel, otro periquito que se murió en mis manos, no quería tener otro. Los pájaros no me gustan verlos enjaulados. Era el 1 de Marzo del 2006 un día entré en una tienda de los chinos que hay cerca de donde yo vivo. En el suelo había una jaula con dos periquitos, uno azul, y el otro amarillo. Pregunté, porque pensaba que los vendían, pero yo no lo hice para comprarlos. La dependienta y dueña del local me dijo. Que me los regalaba -¿Por qué? - Le pregunté yo - Tengo un niño de dos años y está siempre encima de la jaula, y los periquitos se asustan mucho, no los puedo tener en casa. Me compadecí de los periquitos, y me alegré mucho de poderlos tener en casa. Muy contenta me vine con ellos trayéndolos dentro de la jaula. Mientras los traía por la calle venían tranquilos y bien. Al entrar en el piso y dejar la jaula en el lugar que le había elegido, me retiré al dormitorio a cambiarme de ropa. Y mientras lo hacía, oí un estruendo de revoloteo, fui rápidamente al comedor, y vi al periquito azul revolotear dentro de la jaula. Piaba al punto de volverse loco. El periquito amarillo se había puesto a un lado del palo donde se sostenía, estaba asustado.

Yo no sabía que hacer en esos momentos, también estaba muy asustada. Lo primero que se me ocurrió fue, abrir la puerta de la jaula, meter mi mano para sacar al periquito azul, y dejarlo en libertad dentro de la casa. Dentro de mi mano se defendía con rabia, me pellizcó por tres veces la mano dejándome marcas. Lo deposité en el suelo, y rápidamente empezó a volar como a un metro de altura, dándose porrazos con las paredes, yo lo seguía sin saber qué hacer. Iba buscando los rincones para esconderse. Se metió por la rendija de una puerta que no puedo cerrar. Permanecía en el fondo, quieto, si lo dejaba allí, estaba segura que no saldría más, y moriría en ese rincón. Alargué el brazo todo lo que pude, y lo metí entre la rendija, hasta que llegué a tocar con mi mano al periquito, lo cogí, y lo saqué. Volvió a picarme más veces, y decidí meterlo en la jaula. El periquito amarillo empezó otra vez a asustarse. No se movía de la punta de la barrita, estaba quieto y asustado. El azul, por lo visto, no podía más, pobrecito me hubiera gustado saber qué le sucedía. Se quedó abajo de la jaula aleteando sin fuerzas, una de las patitas la sacudía como unas cinco veces por segundo, al mismo tiempo que su cuerpecito temblaba. No lo podía dejar dentro de la jaula en ese estado, y lo cogí. Esta vez no me picó, creo que ni siquiera sabía que estaba en mis manos. Lo hice, para que su corazón no sufriera de las convulsiones que daba con su patita, lo tenía metido dentro de mi mano, la cabecita ya casi la tenía a un lado, y los ojitos medios cerrados. Era ya bastante tarde, y yo seguía con el periquito dentro de mi mano y llorando - ¿Por qué me tenía que suceder eso? - Me preguntaba. A alta hora de la noche, lo dejé

dentro de la jaula. Parecía que hubiese muerto, pero no lo estaba. Me fui a dormir a las dos de la madrugada, y todavía tenía esperanzas que cuando amaneciera, estuviese vivo. Dormí tres horas, me levante de la cama para ir a comprobar cómo estaba, había muerto.

El amarillo seguía en el sitio donde se había colocado desde un principio. Ese mismo día buscaba yo un nombre para él o ella, y acordándome de lo mucho que había llorado la noche pasada, me acordé de la canción chiquitita, y así es como se llama. Hay veces que lo llamo por el nombre completo, y otras le digo chiqui. Estoy muy contenta de tenerlo o tenerla conmigo, es otro ángel que ha venido a vivir a mi lado, para que olvide el dolor que me causó la pérdida de mis perritas. El periquito azul, también era otro ángel, pero por lo visto estaba muy dañado por los humanos, y se fue. A chiquitita la quiero mucho, hablo mucho con ella. Le gusta que le diga que baile, le encanta, yo le hago palmas, y ella corre por los dos palitos que hay dentro de la jaula sin dejar de piar. Muchas veces me busca para que juegue con ella, los dos nos lo pasamos bien. El otro día se me ocurrió abrirle la puerta de la jaula para que se paseara por la casa, y no estuviera todo el tiempo enjaulada. Estuvo todo el día sin querer comer, y las alitas le temblaban supongo que de miedo. Es posible que pensara que yo me quería deshacer de ella, para que saliera y se fuera. Al llegar la noche le cerré la puerta de la jaula, tenía miedo de encontrarme al día siguiente con una sorpresa.

Cada mañana al levantarme pongo música, y aunque parezca extraño, canta con algunos cantantes,

y con otros permanece callada. Cuando oye la voz de Alberto Cortés, silba fuerte, como si lo estuviera acompañando. También con Adriano Celentano, es como si llevara el ritmo de su música. Tiene muchas facetas, que escapan ahora a mi memoria. Cuando estoy en la cocina, y suena el móvil me llama.

Cada mañana cuando salgo a la calle, le dejo música, y cada tarde también. El 1 de marzo del 2008 hará dos años que la tengo, Dios quiera que me dure mucho tiempo. La chica china que me dio los periquitos, me dijo que hacía dos años que los tenía. En Internet he leído acerca de los periquitos. Suelen vivir entre cinco y seis años. Chiquitita está muy bien por el momento, come mucho, y habla más que una cotorra. Si estoy en el teléfono, no deja de lanzar fuertes silbidos, y más largos. Chiquitita me da mucha alegría. Cuando oye la llave en la cerradura porque estoy entrando en casa, me avisa que me ha oído, y silba, llegando por el pasillo al comedor, la voy llamando ¡Chiqui, chiqui! Y me responde. Los dos, porque no sé si es macho o hembra. Tenemos buena conexión.

CLARA EISMAN

25 DE Octubre del 2007